

## TEXTO ADAPTADO

# HIENAS EN LA WEB =Opereta tropical=

Adaptación de la obra: ***“Así es (si así os parece)”***

Parábola en tres actos

LUIGI PIRANDELLO

*Adaptación de obra y letra de canciones de:  
Sergio Masís Olivas*

PERSONAJES: *(En paréntesis los nombres originales de Pirandello)*

REMBERTO LAUREANO (Lamberto Laudisi)

La señora FLORES (Señora Frola)

Su yerno, PONCE (Ponza)

La señora de PONCE (señora de Ponza)

El Asesor AGUIRRE (Consejero Agazzi)

Su esposa, AMALIA (hermana de Remberto Laureano -Lamberto Laudisi-)

Su hija, DINA

El señor CIBELES (señor Sirelli)

La señora CIBELES (señora Sirelli)

EL ALCALDE (El Prefecto)

El Comandante VENTURA (Comisario Centuri)

La señora CIMA (señora Cini)

El Señor Nano (señora Nenni)

Un CRIADO de Aguirre (criado de Agazzi)

Varios SEÑORES y SEÑORAS

En un pequeño cantón. En nuestros días.

## ACTO PRIMERO

**Salón en casa** del Asesor AGUIRRE. Salida común, al fondo. Puertas a derecha y a izquierda.

### **ESCENA PRIMERA**

La señora AMALIA, DINA y LAUREANO. (También puede ser una obertura a cargo de la orquesta y sus cantantes)

LAUREANO: De vidrio eran antes las ventanas  
con cortineros que podían cerrarse,  
y así nadie pudiera asomarse  
y los fisgones quedaran con ganas.

DINA: Hoy día las ventanas de Internet  
dejan ver mucho más que los cristales,  
y así todos se enteran por la red,  
sobre cualquier extraño hasta sus males.

TODOS: ¿Cómo sé si eso es verdad?  
Cuenta los “likes” en la Web,  
si eso se volvió viral  
júralo por Internet.

LAUREANO: Y muchos como hienas husmearán,  
pues, aunque no conozcan la persona,  
sin importar que el chisme sea una broma,  
en Twitter o en el Facebook postearán.

AMALIA: Comento, le doy “Like”, o compartir,  
y la bola de nieve va creciendo,  
y poco a poco vamos destruyendo  
personas, por querernos divertir.

TODOS: ¿Cómo sé si eso es verdad?  
Cuenta los “likes” en la Web,  
si eso se volvió viral  
júralo por Internet.

*(REMBERTO LAUREANO se pasea, irritado. Tiene unos cuarenta años, es esbelto, de natural elegancia).*

LAUREANO. —¡Ah! ¡Conque ha recurrido al Alcalde!

AMALIA. —*(Ronda los cuarenta y cinco años; cabellera gris. En su manera se ve que está orgullosa del cargo de su marido. Se le nota, además, que, si ella pudiera, lo sustituiría en ocasiones y haría las cosas de otra manera.)* Remberto, no olvides que se trata de un subalterno suyo.

LAUREANO. —Subalterno en la oficina de la Alcaldía, pero no en su casa.

DINA. —*(Diecinueve años. Tiene aspecto de comprenderlo todo mejor que su mamá y también mejor que su papá, pero atenuado este aire por su gracia juvenil.)* Pero nos ha traído a su suegra a vivir aquí al lado, en el mismo piso. Al menos podría tener la cortesía de aceptarnos como amigas en su Facebook.

LAUREANO. —Está en todo su derecho. Había un apartamento desocupado y él lo alquiló para su suegra. ¿O es que una suegra tiene obligación de agregar en su Facebook y hasta a venir a presentarse a la casa *(irónico, prolonga la frase)* de la mujer y a la hija de un superior de su yerno?

AMALIA. —¿Quién habla de obligación? Hemos sido nosotras, Dina y yo, las primeras en enviarle una invitación en su muro de Facebook, y no nos ha respondido nada, nos ignora. Y pensando en que quizás no es muy adepta a la tecnología, o que su internet sea muy lento, hasta cometimos la estupidez de ir a visitarla, y no nos ha recibido.

LAUREANO. —¿Y qué ha ido a pedirle tu marido al Alcalde? ¿Que oblige a esa señora a ser cortés?

AMALIA. — Bueno, nosotras lo fuimos, al buscarla porque ella es extranjera. No se deja plantadas a dos señoras, primero como tontas, checando a cada rato el celular y la Tablet, y luego allí, como dos postes, delante de la puerta.

DINA. —Bueno, seamos sinceras. Admitamos que hemos sido corteses... por curiosidad. Pero, aun así, ella debió verlo como algo natural

LAUREANO. —Claro natural tratándose de ustedes que no tienen otra cosa que hacer.

DINA. —¡Qué va! tiíto. Es culpa de ellos que han venido a picar nuestra curiosidad

LAUREANO. — Para que fuera culpa de ellos tendrías que demostrarme que, si ese señor Ponce, ese villano, ese degenerado, como lo llama tu padre, ha venido a alojar

a su suegra aquí al lado, lo ha hecho adrede para picar la curiosidad de ustedes.

DINA. —Bueno. Pero escuchame esto con mucha atención tío

*(Cantan)*

DINA: Admito que quizá, no esté tratando de desatar adrede una gran duda, más tiene a mucha gente cuchicheando y es muy normal que todo el mundo acuda

LAURENO: ¿Adonde todo el mundo acude, dime?  
no entiendo esa curiosidad, me enfada.

DINA: A ver el condominio donde vive,  
la esposa del señor muy encerrada.  
Allí no habita nadie hace años,  
todas las casas tienen muchos daños,  
con sus jardines sucios y enmontados  
y en las cocheras carros desinflados.

LAUREANO: ¿Acaso has ido a verlo en persona?

DINA: Por supuesto tío, y no he ido sola  
mamá y todo el barrio ha desfilado  
pues la curiosidad nos ha picado.

LAUREANO: ¿Y que misterio tiene ese lugar?

DINA: Que su mujer allí ha ido a parar,  
mientras nos trae la suegra aquí al lado,  
a este edificio lindo y bien cuidado.

LAUREANO.- Pues no le veo lo raro. Será por consideración con ella. Acabás de decirlo, este edificio donde ustedes viven es muy lindo, en el pleno centro...

AMALIA.— ¡Gracias! Y la obliga a vivir separada de su hija.

LAUREANO. —¿Quién les ha dicho eso? ¿Y si es ella que quiere vivir separada para tener más libertad?

DINA.—No, no, tío. Se sabe muy bien que es él.

AMALIA. —Perdoná. Se comprende que una hija, al casarse, deje la casa de su madre para ir a vivir con su marido. Incluso que se vaya a otra ciudad. Pero que una madre que no puede vivir lejos de su hija, la siga, y en la ciudad, donde las dos son

extranjeras, se vea obligada a vivir separada... ¡Vamos! Admitirás que esto no se comprende fácilmente.

LAUREANO. —¡Qué fantasía! Quizá sea simple incompatibilidad de caracteres...

DINA. —(Interrumpiéndole, asombrada.) ¡Cómo, tío! ¿Entre madre e hija?

LAUREANO. —¿Por qué entre madre e hija?

AMALIA. —Pues porque entre ellos dos, no. Están siempre juntos, él y ella. Mira los selfies de ellos juntos que el yerno sube en Instagram.

*(Le muestra su teléfono celular)*

DINA. —La suegra y el yerno. Eso es lo que tiene asombrado a todo el mundo.

AMALIA. —Todas las tardes viene él a hacerle compañía a la suegra.

DINA.—Y durante el día también viene una o dos veces.

LAUREANO. —¿Acaso sospechan que haya un amorío entre suegra y yerno?

DINA. —¡Oh, no! Eso ¡quién va a pensar! Una pobre viejecita...

AMALIA. —Pero él nunca le trae a la hija. Jamás trae a su mujer para que vea a la madre.

LAUREANO: - Talvez chatean todo el tiempo

AMALIA: - ¿Cómo? La señora Ponce no tiene perfil en Facebook, ni en Twitter. Se rumora que no tiene celular, ni Tablet, ni laptop. Le está vedada la tecnología.

LAUREANO: - Quizá no le interesa

DINA:- ¿Quién en estos tiempos podría vivir sin las redes sociales y el internet? Por favor, no seas inocente.

LAUREANO. —¡Bah! Tal vez esté enferma, la pobre, y no pueda salir de casa.

DINA.— ¡Qué va! La viejecita tiene que ir para verla de lejos.

AMALIA. — Alguien muy confiable en redes, cuyos comentarios suelen crear tendencia, puso en su muro... obviamente sin mencionar nombres, pero para todos era obvio que hablaba de esa señora y su hija, que a esa pobre madre le está prohibido subir a casa de su hija.

DINA.—Y entre los muchos comentarios, todos coincidían en que solamente puede hablar con ella desde el patio.

AMALIA.—¡Desde el patio! ¡Fijate! Con la hija

DINA. — Alguien comentó en el post que había visto como la mujer, esta pobrecita entra en el patio, tira de una cuerda, suena la campanilla de allá arriba, la hija se asoma a la ventana de su tercer piso, y ella le habla desde allí, desde aquel tanque de agua caliente, retorciendo el cuello así, figurate. Y ni siquiera puede verla, con el reflejo de la luz que viene de arriba.

LAUREANO: - ¿Y cómo saben que eso es cierto?

DINA:- Ese post tuvo casi trescientos “likes”, eso lo convierte en verdad absoluta

*(Llaman a la puerta y se presenta una CRIADO)*

CRIADO. —Con su permiso...

AMALIA.—¿Quién es?

CRIADO. —Los señores de Cibeles y otra señora.

AMALIA.—Que pasen.

*(El CRIADO saluda con una inclinación y sale.)*

## ESCENA II

DICHOS, el matrimonio CIBELES y la señora CIMA

AMALIA.—(A la señora CIBELES.) ¡Amiga mía!

SRA. CIBELES. —(*Regordeta, fresca, todavía joven, de una elegancia provinciana. Es muy curiosa. Habla a su marido con acritud.*) Me he permitido traer a mi buena amiga, la señora Cima, que tenía tantos deseos de conocerla a usted.

AMALIA. —Encantada, señora. Siéntense. (Presentando.) Mi hija Dina, mi hermano Remberto Laureano.

CIBELES. —(*Calvo, cuarenta años, gordo, orondo, con pretensiones de elegancia. Saludando.*) Señora. Señorita. (Estrecha la mano a LAUREANO.)

SRA. CIBELES. —¡Ah, señora mía! Venimos aquí sedientos de noticias.

AMALIA.—Y ¿de qué noticias, amiga mía?

SRA. CIBELES. —¿Cuáles van a ser? De ese recién llegado. El nuevo Secretario de la Alcaldía. No se habla de otra cosa en todas las redes sociales.

SRA. CIMA. —(*Vieja pueblerina llena de ambiciosa malicia disimulada con aires de ingenuidad.*) Tenemos todas una curiosidad... Estamos intrigadísimas. Hasta hicimos un grupo de WhatsApp que se llama “las intrigadas”, pero nunca es igual que tener noticias de primera mano. Además, ya el pitito de los mensajes me tiene loca, lo tuve que silenciar.

AMALIA.—Pues nosotras no sabemos más que ustedes, créame.

DINA: - Y... ¿podrían agregarnos al grupito ese de WhatsApp?

CIBELES. —(*A su mujer, como quien ha triunfado.*) ¿Qué te dije? Saben lo que yo, o menos que yo. (*A los otros.*) La verdadera razón por la cual esa pobre madre no puede ir a ver a su hija, por ejemplo, ¿la saben ustedes?

AMALIA.—De eso estábamos hablando con mi hermano.

LAUREANO.—Creo que están ustedes un poco locos.

DINA. —(*Rápida, para que no hagan caso a su tío.*) Porque el yerno se lo prohíbe, según dicen.

SRA. CIMA. —(*Con voz de lamento.*) Pero eso no es una razón.

SRA. CIBELES. —(*Casi al mismo tiempo.*) Eso no es una razón. Tiene que haber algo más.

(*Cibeles hace un gesto con su mano pidiendo tiempo. Busca entre los mensajes guardados de su celular. Todos expectantes.*)

CIBELES.—Noticia de última hora. (*Casi deletreando.*) La tiene encerrada bajo llave.

AMALIA.—¿A la suegra?

CIBELES.—No, señora, a la mujer.

SRA. CIBELES.—¡La mujer! ¡La mujer!

SRA. CIMA. —(*Como antes.*) ¡Bajo llave!

DINA.—¿Comprendes, tío? Y vos querías disculparlo...

CIBELES. —(*Estupefacto.*) ¡Cómo! ¿Usted quería disculpar a ese monstruo?

LAUREANO. —Yo no quiero disculparlo, en absoluto. Pero digo que esa curiosidad de ustedes (*y que me perdonen las señoras*) es insoportable. Y, además, completamente inútil.

CIBELES. —¿Inútil?

LAUREANO. —Inútil, inútil, señoras mías.

SRA. CIMA. —¿Que quiera una enterarse...?

LAUREANO. —¿De qué? Y me va a perdonar, pero ¿Qué podemos nosotros saber de los demás? ¿Cómo podríamos nosotros saber quiénes son..., cómo son, lo que hacen, por qué lo hacen...?

SRA. CIBELES.—Pues indagando, informándose.

LAUREANO. —Pues, si hay alguien que esté enterado de todo, ese alguien tiene que ser usted, señora, con un marido como el suyo, que no pierde detalle de cuanto ocurre.

CIBELES. —(*Interrumpiéndole.*) Discúlpeme, pero...

SRA. CIBELES. —No, querido; escucha, escucha. Está diciendo la verdad. (*A AMALIA.*) Tengo un marido que pretende saberlo todo y yo no me entero nunca de nada.

CIBELES. — Porque no crees jamás lo que yo le digo. ¿Por qué me acusas entonces?

SRA. CIBELES. — Es que me cuentas cada cosa que...

LAUREANO. —(*Ríe.*) Permítame, señora. Yo contestaré a su marido. ¿Cómo quiere, amigo mío, que su mujer se contente con lo que usted le cuenta, si usted, naturalmente, le cuenta las cosas como usted las ve?

SRA. CIBELES.— Y es evidente que así no pueden ser, en absoluto.

LAUREANO. —¡Ah, no, señora! Permítame que le diga que en eso no tiene usted razón. Para su marido, las cosas son como él se las cuenta.

CIBELES. —Como son. Como son en realidad. Yo nunca doy por cierto un comentario de Facebook a menos que se vuelva viral.

SRA. CIBELES. —Solo que el dichoso comentario lo pusiste vos, y vos te equivocas

siempre.

CIBELES. — Vos me diste un “like”

SRA CIBELES. — Porque soy tu esposa. Si no lo hago la gente va a pensar que estamos peleados y empiezan a rumorar en los blogs. Pero eso no significa que no crea que estás equivocado

CIBELES. - La que se equivoca sos vos, no yo.

LAUREANO. —No, señores. No se equivoca ninguno de los dos. Si me lo permiten, se los explicaré

*(Laureano canta)*

Yo soy realmente como tú me ves,  
lo cual no impide que sea diferente,  
que pueda ser como me ve otra gente,  
y en el espejo yo me vea al revés.

Y nadie se equivoca en su opinión,  
pues nunca soy el mismo para todos,  
y no es que cambie como el camaleón,  
es que me pueden ver de varios modos

Lo mismo pasa con usted, señora,  
con su marido, o con los vecinos,  
una cosa es como nos percibimos,  
y para los demás es otra historia.

En este mundo todo es ilusión,  
y sin embargo nadie está engañado,  
lo que para unos es “caso cerrado”,  
otros harán nueva investigación.

CIBELES. —Bueno. Pero, ¿qué significa todo este juego de palabras?

LAUREANO. —¿No le ve el significado? Los veo tan interesados por saber quiénes son los demás, como si los demás, por sí mismos, fueran así o así.

SRA. CIBELES. —Pero entonces, según usted, ¿nunca se puede saber la verdad?

SRA. CIMA. — Así no podríamos creer siquiera lo que vemos y palpamos...

LAUREANO. —Sí, señora. Crea usted todo lo que quiera. Pero respete lo que ven y tocan los demás, aunque sea lo contrario de lo que usted ve y toca.

SRA. CIBELES. —¡Qué hombre éste! ¡Yo no vuelvo a hablar con él! ¡No quiero terminar en un manicomio!

LAUREANO. —Nada, nada. Por mí, no se preocupen. Sigan ustedes hablando de la señora Flores y del señor Ponce, su yerno. Yo no les interrumpiré.

AMALIA. —¡Gracias a Dios! Y lo mejor que podías hacer, querido Remberto, era irte a dar un paseo por ahí...

DINA. —Eso, eso, tiíto. ¿Cómo no vas a pasear un poco? Con el buen tiempo que hace.

LAUREANO. —No. ¿Por qué? Me divierte mucho oíros hablar. Estaré muy formalito. Palabra. A lo sumo, de vez en cuando, me reiré un poquitín para mis adentros. Y, si se me escapa alguna carcajada, tengan benevolencia.

SRA. CIBELES. —Y nosotras que habíamos venido para enterarnos... Pero (*a AMALIA*) su marido, ¿no era jefe de ese señor Ponce?

AMALIA. —Sí. Pero una cosa es la oficina y otra cosa es la vida particular.

SRA. CIBELES. —Ya. Comprendo. Pero ustedes, ¿no han intentado siquiera ver a la suegra, teniéndola al lado?

DINA. —¡Que si lo hemos intentado! Dos veces, señora.

SRA. CIMA. —(*Dando un salto, intrigadísima.*) ¡Ah! ¿Pero ustedes han podido hablar con ella?

AMALIA. —No se ha dignado en aceptarnos como amigas en Facebook, y cuando nos aventuramos a ir en persona a tocarle la puerta, tampoco ha querido recibirnos, señora Cima.

CIBELES, SRA. CIBELES y SRA. CIMA. —¡Oh, oh! ¡Que barbaridad!

DINA. —Esta mañana mismo...

AMALIA. —La primera vez estuvimos más de un cuarto de hora delante de la puerta. No vino nadie a abrir. Hoy volvimos a intentarlo...

DINA. —(*Con gesto de espanto.*) Y vino a abrirnos él.

SRA. CIBELES. —Con esa cara que tiene. Tiene cara de mala persona. Ha asustado a toda la ciudad con esa cara. Y luego, siempre vestido de luto. La suegra, también, ¿verdad? ¿Y la hija?

CIBELES. —(*Con fastidio.*) Pero si a la hija no ha podido verla nadie todavía. Te lo he dicho cincuenta veces. Vestida de negro también ella... Son de un pequeño pueblo del otro lado de la frontera.

AMALIA. —Sí. Que ha sido completamente destruido, según parece.

CIBELES. —Sí. Por el último terremoto. No quedó piedra sobre piedra.

DINA.—Dicen que han perdido a todos los parientes.

SRA. CIMA. —(*Con ansia de noticias.*) Bueno, conque salió él a abrir la puerta...

AMALIA.—Cuando lo vimos delante de nosotras, del susto no nos salía la voz del cuerpo para decirle que íbamos a visitar a su suegra. Ni palabra, ¿sabes? No dijo ni muchas gracias.

DINA.—No, eso no. Hizo una inclinación.

AMALIA.—Apenas, así, con la cabeza.

DINA.—Con los ojos, puedes decir. Con esos ojos de vampiro más que de persona.

SRA. CIMA. —(*Como antes.*) ¿Y luego? ¿Que dijo luego?

DINA.—Todo ofuscado...

AMALIA. —...Todo atolondrado, dijo que su suegra se encontraba un poco indispuesta, que nos agradecía la atención. Y se quedó allí, en el marco de la puerta, esperando a que nos marcháramos.

DINA.—¡Qué desprecio!

CIBELES. —¡Que modales! Seguro que es él el culpable. A lo mejor tiene también a la suegra encerrada con llave.

SRA. CIBELES. —Se necesita descaro. Tener esa descortesía ante una señora que es, además, la esposa de uno de sus jefes.

AMALIA. —¡Ah! Pero mi marido esta vez se ha indignado. Lo ha tomado como una grave falta de consideración y ha ido a ver al Alcalde para que lo obligue a reparar la ofensa.

DINA.—¡Oh! Precisamente, aquí está papá.

### ESCENA III

DICHOS y AGUIRRE

AGUIRRE. —(*Cincuenta años, pelirrojo, aturrullado, con barba, gafas de oro; autoritario y altivo.*) ¡Oh querido Cibeles! (*Da la mano a la señora CIBELES.*) Señora.

AMALIA.—(*Presentando.*) Mi marido. La señora Cima.

AGUIRRE. —Encantado. (*Le estrecha la mano, inclinándose. Luego, volviéndose casi con solemnidad a su mujer y a su hija.*) Les advierto que, dentro de un instante, estará aquí la señora Flores.

SRA. CIBELES.—(*Palmoteando.*) ¡Ah! ¿De veras? ¿Vendrá?

AGUIRRE. —Naturalmente. ¿Cree usted que yo iba a tolerar una vejación semejante a mi familia, a mi esposa?

CIBELES. —¡Claro! Eso estábamos diciendo.

SRA. CIBELES. —Y no hubiera estado de más aprovechar la ocasión para...

AGUIRRE. —...¿para hacer notar al Alcalde todo lo que se dice en las redes sociales acerca de ese caballero? Ni falta ha hecho. Cuando se lo dije, el señor Alcalde me hizo ver que ya había leído todos los comentarios. Y es lógico, más de una persona lo etiquetó.

CIBELES. —¡Muy bien, muy bien!

SRA. CIMA. —Es algo inexplicable. Verdaderamente inconcebible.

AMALIA. —Lo que se dice un salvaje. ¿Pero no sabes que las tiene encerradas bajo llave a las dos?

DINA.—No, mamá; de la suegra todavía no se sabe.

SRA. CIBELES.—Pero a la mujer, sí. Es cierto.

CIBELES. —¿Y el Alcalde?

AGUIRRE.—Sí. Ha quedado muy... muy impresionado.

CIBELES. —¡Ah! Menos mal.

AGUIRRE. —Como les dije, ya estaba enterado por las redes y ve ahora la ocasión de

aclarar este misterio, de llegar a saber la verdad.

LAUREANO. —(*Ríe a carcajadas.*) ¡Ja, ja, ja, ja!

AMALIA. —No faltaba más que tu risa.

AGUIRRE. —Y ¿de qué se ríe?

SRA. CIBELES. —Porque dice que no es posible descubrir la verdad.

#### ESCENA IV

DICHOS, el CRIADO; luego, la SEÑORA FLORES

CRIADO. —(*Desde la puerta.*) Con perdón de los señores. La señora Flores.

CIBELES. —¡Oh! Ya está aquí.

AGUIRRE. —Ahora veremos si es posible, querido Remberto.

SRA. CIBELES. —¡Ay, qué bien! ¡Cuánto me alegro!

AMALIA. —(*Levantándose.*) ¿Decimos que pase?

AGUIRRE. —No, espera. Siéntate. Espera que entre. Sentados. Hay que estar sentados. (*A el CRIADO.*) Hágala pasar.

*(Sale el CRIADO. Poco después, entra la SEÑORA FLORES y todos se levantan. Es una viejecita encantadora, modesta, afabilísima, con una gran tristeza en los ojos, atenuada por la constante sonrisa dulce de sus labios. AMALIA se levanta y le tiende la mano.)*

AMALIA. —Tenga la bondad, señora. (*Hace las presentaciones teniéndola de la mano.*) La señora Cibeles, mi buena amiga. La señora Cima. Mi esposo. El señor Cibeles. Mi hija

Dina. Mi hermano Remberto Laureano. Siéntese, señora.

SRA. FLORES. —Ando delicada y le ruego me disculpe por no haber cumplido antes con este deber. Usted, señora, ha sido tan amable que me ha honrado con su visita, cuando me tocaba a mí venir primero.

AMALIA. —Entre vecinas, señora, no importa quién sea la primera en visitar. Tanto más que usted, estando aquí, sola, extranjera, tal vez podía necesitar...

SRA. FLORES. —¡Oh, muchas gracias, señora! Es usted demasiado buena.

SRA. CIBELES.—¿La señora está sola en la ciudad?

SRA. FLORES. —No. Tengo una hija casada, que también ha venido hace poco.

CIBELES. —El yerno de esta señora es el Secretario de la Alcaldía. El señor Ponce, ¿verdad?

SRA. FLORES. —Exactamente. Espero que el señor Asesor me disculpará. Y también a mi yerno.

AGUIRRE. —Siendo sincero, he de decirle que, en efecto, me pareció bastante mal que...

SRA. FLORES. —(*Interrumpiéndolo.*) ...tiene usted razón. ¡Tiene usted razón! Pero debe usted perdonarlo. Hemos quedado tan abatidos después de nuestra desgracia...

AMALIA.—¡Ah!, ya. Tuvieron ustedes aquella catástrofe.

SRA. CIBELES.—¿Perdieron ustedes algún pariente?

SRA. FLORES. —¡Oh! Todos perecieron. Todos, señora. De nuestro pueblito apenas si queda otra cosa que un montón de ruinas abandonadas.

CIBELES. — Lo sabemos, los noticieros de acá ya nos tenían locos con las imágenes. Y acá se hizo una gran recolecta también para los damnificados.

SRA. FLORES.- Espero ustedes no hayan tenido que gastar mucho en donativos

SRA. CIBELES.- En realidad no tuvimos tiempo de donar, pero hicimos un grupo en Facebook, para postear mensajes de apoyo y hacer cadenas de oración

SRA. FLORES. —Yo no tenía más que una hermana con una hija también, pero soltera. Para mi pobre yerno, la desgracia fue bastante más grave: la madre, dos hermanos,

una hermana... Y luego, cuñados, cuñadas, dos sobrinos...

CIBELES. —Una hecatombe.

SRA. FLORES. —Y son desgracias para toda la vida. Queda una como aturdida.

AMALIA.—Verdaderamente. Supongo que por eso ya ni checa su Facebook

SRA. FLORES.- Imagínese

SRA. CIBELES. —De la noche a la mañana. Es como para volverse loco.

SRA. FLORES. —No piensa una en nada, y se cometan faltas sin intención, señor Asesor.

AGUIRRE.—Basta, señora, se lo ruego.

AMALIA. —Precisamente en consideración a esa desgracia, fuimos mi hija y yo las primeras en visitarlas.

SRA. CIBELES. —(*Lloriqueando.*) Ya. Sabiendo que la señora estaba tan sola. Aunque usted me perdonará, señora, si es que es indiscreta la pregunta; pero, ¿cómo es que teniendo aquí a su hija... después de una desgracia tan tremenda...? (*Tímida, después de haber hilado tan bien.*) Vamos... Me parece a mí que... eso debería crear en los supervivientes... la necesidad de estar todos juntos, y...

SRA. FLORES. —(*Ayudándola a salir del apuro.*) ...Y es extraño que esté yo tan sola, ¿verdad?

CIBELES. —Eso es. Parece extraño, francamente.

SRA. FLORES. —(*Con dolor.*) Lo comprendo. (*Como buscando una salida.*) Pero... ¿Sabe usted...? Son apariencias que... Cuando un hijo o una hija se casan, hay que dejarlos solos, que hagan su vida.

LAUREANO. —Muy bien. Es muy justo. Precisamente la relación con una hija es distinta cuando esa hija está casada.

SRA. CIBELES.—Pero no hasta el punto y perdón, Laureano, de que la hija, al casarse, prescinda por completo de la madre.

LAUREANO. —¿Quién ha hablado de prescindir? Ahora se trata, si no me equivoco, de una madre que comprende que la hija no puede ni debe seguir ligada a ella, como de soltera, teniendo ahora su propia vida.

SRA. FLORES. —(*Agradecida.*) Eso es, señor. Gracias. Eso es lo que yo quería decir.

SRA. CIMA. —Pero su hija vendrá, me figuro..., vendrá a menudo a hacerle compañía.

SRA. FLORES.—(*En un apuro.*) Sí, claro... Nos vemos.

CIBELES. —(*Rápido.*) No sale nunca de casa, su hija. Por lo menos, en redes sociales se comenta que nadie la ha visto nunca.

SRA. CIMA. —Tendrá que cuidar a los niños.

SRA. FLORES. —(*Rápida.*) No. Todavía no tiene niños. Pero siempre tiene trabajo que hacer en casa. Pero no es por eso. (*Sonríe amargamente, buscando salida.*) Nosotras... ¿Sabe...?, nosotras, las mujeres, en los pueblos pequeños, estamos acostumbradas a estar siempre en casa.

AGUIRRE. —Pero saldrán, para ir a ver a la mamá, cuando están separadas...

AMALIA. —Y usted señora... Irá usted a ver a su hija...

SRA. FLORES. —(*Rápida.*) ¡Claro! ¿Cómo no? Una o dos veces al día.

CIBELES. —¿Y sube usted una o dos veces al día todas aquellas escaleras, hasta el último piso de aquel caserón?

SRA. FLORES. —(*Pálida, intenta tomar a broma el suplicio de este interrogatorio.*) ¡Oh, no! No subo, verdaderamente. Tiene razón, caballero. Sería demasiado para mí. No subo. Mi hija se asoma al patio y nos vemos..., hablamos...

SRA. CIBELES. —¿Solamente así? ¡Oh! ¿No la ve usted nunca de cerca?

DINA. —(*Rodeando el cuello de su madre con el brazo.*) Yo, que soy hija, tampoco consentiría nunca que mi madre subiera noventa y tantos escalones. Pero no podría resignarme a verla y hablarle de lejos, sin poder abrazarla, sin tenerla a mi lado.

SRA. FLORES. —(*Nerviosa, azorada.*) Tiene razón; Pero tengo que decirles... No quisiera que ustedes pensaran de mi hija lo que no es verdad: que me tenga poco afecto, poca consideración... Ni tampoco de mí, que soy su mamá. ¡Cien escalones no podrían ser obstáculo para una madre, por muy vieja y cansada que estuviera, si al llegar arriba le esperase el premio de poder tener a su hija junto al corazón!

SRA. CIBELES. —(*Triunfante.*) ¡Claro! Ya decíamos nosotros que tenía que haber alguna razón.

AMALIA. —(*Con intención.*) ¿Lo ves, Remberto? ¿Lo ves? Hay una razón.

CIBELES. —(*Rápido.*) Su yerno, ¿eh?

SRA. FLORES. —¡Oh! Por caridad. No piensen mal de él. ¡Es tan bueno! No pueden ustedes imaginarse el afecto que me profesa. Y ni se diga el amor y las consideraciones que tiene para con mi hija. ¡Ah! No hubiera podido desear para ella un marido mejor.

SRA. CIBELES.—Pero... entonces...

SRA. CIMA. —...entonces no será él la causa.

AGUIRRE. —Claro. Ya me extrañaba que él les prohibiera verse.

SRA. FLORES. —¿Prohibirlo? ¡Pero por supuesto que no! Somos mi hija y yo, señor Asesor, las que renunciamos a ello, por consideración a él.

AGUIRRE. —¡Perdone! No veo como algo así pueda ser en consideración a él.

SRA. FLORES. —Es un sentimiento..., tal vez difícil de comprender. Y créanme que nos cuesta un gran sacrificio, tanto a mí como a mi hija.

AGUIRRE. —Al menos, reconocerá usted, señora, que es muy extraño todo eso que dice.

CIBELES. —En efecto. Y que es normal y legítima nuestra curiosidad.

AGUIRRE. —Incluso hace sospechar...

SRA. FLORES. —¿De él? No, por caridad, no diga eso. ¡Sospechar! ¿De qué, señor Asesor?

AGUIRRE. —De nada. No se altere. Digo que podría sospecharse...

SRA. FLORES. —No, no. Pero... ¿de qué? Si nosotros estamos en perfecto acuerdo. Estamos contentas, contentísimas, tanto yo como mi hija.

SRA. CIBELES. —¿Tal vez son... celos?

SRA. FLORES. —¿Celos? ¿De una madre? No creo que pueda llamarse así... Aunque realmente no sabría... Es que... él necesita todo el cariño de su esposa para él. Incluso el

cariño que la hija tiene a su mamá, que es mucho, no lo duden. Pero él quiere que ese cariño de mi hija me llegue a través de él, por su conducto. Eso es.

AGUIRRE. —¡Oh! Dispénsemelo; pero eso me parece una terrible crueldad.

SRA. FLORES. —(Canta)

Por favor, no lo llame usted crueldad,  
que es otra cosa que cuesta explicar,  
es cruel quien siente odio o maldad,  
pero juro por Dios, que él sabe amar.

A mí me cuesta a veces expresarme,  
pero llámelo usted... "naturaleza",  
o alguna enfermedad, una rareza,  
lo que hace a mi yerno alejarme.

Su único pecado es sentir,  
un amor sincero y exclusivo,  
por el cual, bajo ningún motivo,  
mi hija de su casa ha de salir.

Y nadie debe entrar en su morada,  
ni yo que soy la madre atormentada,  
y a los que dicen que eso es egoísmo,  
les digo que ni yo pienso lo mismo.

DINA.—Pero es que todavía los extraños, pero... ¿Ni siquiera la madre?

CIBELES.—Usted dirá lo que quiera, pero ya sí eso no es egoísmo...

SRA. FLORES.—Tal vez. Pero un egoísmo por el que se da íntegramente a su mujer. En el fondo, el egoísmo sería el mío, si intentara asaltar esa fortaleza, donde está encerrado el amor, sabiendo que mi hija es feliz así, adorada. Eso debe bastarle a una madre, ¿verdad? Por lo demás, yo veo a mi hija y hablo con ella. (*Con gracioso gesto confidencial.*) En una cesta que ella baja con una cuerda, allí, en el patio, hay todos los días un papelito de su puño y letra, con las noticias de la jornada. Eso me basta. Ya estoy acostumbrada. Resignada, si ustedes quieren, pero ya no sufro por eso.

AMALIA.—Y después de todo, si nadie va con el chisme al INAMU y ustedes están contentas...

SRA. FLORES.—(*Levantándose.*) ¡Oh, sí! Ya se lo he dicho. Porque él es tan bueno... Créanme. No puede ser mejor. Todos tenemos nuestras flaquezas, y tenemos que compadecernos unos a otros. (*Saluda a AMALIA.*) Señora. (*Lo mismo a las señoras CIBELES y CINCI; luego a DINA. Volviéndose a AGUIRRE.*) Me habrá disculpado...

AGUIRRE.—No diga eso, señora. Muy agradecidos por su visita.

SRA. FLORES.—(*Saluda con la cabeza a CIBELES y a LAUREANO. A AMALIA.*) No, por favor, no se moleste, señora.

AMALIA.—¡No faltaría más! Es mi deber, señora. (*La SEÑORA FLORES sale acompañada de AMALIA, que vuelve a poco.*)

CIBELES.—¡Qué! ¿Satisfechos con la explicación?

AGUIRRE.—Pero, ¿qué explicación? En todo ello debe haber Dios sabe qué misterio.

SRA. CIBELES. —Y ¡quién sabe cuánto sufrirá ese pobre corazón de madre!

DINA.—Y la hija también, la pobre. (*Pausa.*)

SRA. CIMA. —(*Desde el ángulo de la habitación, donde se ha arrinconado para ocultar su llanto, en una explosión.*) Le temblaba la voz. La ahogaba el llanto.

AMALIA. —Sí. Cuando dijo que subiría más de cien escalones para apretar a la hija contra su corazón.

LAUREANO. —Yo lo que le he notado es un deseo... más todavía, verdadero interés por librarse al yerno de toda sospecha.

SRA. CIBELES. —¡Y cómo! Si a todo le encontraba justificación.

CIBELES. —¡Justificación! ¿Puede justificarse la violencia, la barbarie? A ver que opina la gente en redes de esto... para mí esto es agresión doméstica

(*Escribe en su celular*)

SRA CIBELES. — Ya me adelanté a publicarlo en Facebook y mira la cantidad de comentarios que tengo

(*Muestra su celular*)

## ESCENA V

DICHOS, el CRIADO; luego, PONCE

CRIADO. —(*Desde la puerta.*) Señor Asesor: aquí está el señor Ponce. Pregunta si el señor puede recibirla.

SRA. CIBELES. —¡Oh! ¡Es él, es él! (*Sorpresa general y movimiento de invencible curiosidad, casi de susto.*)

AGUIRRE.—¿Si puedo recibirla?

CRIADO. —Eso ha dicho, señor.

SRA. CIBELES. —Por favor, recíbalo aquí, Asesor. Casi le tengo miedo. Pero tengo tanta curiosidad por ver de cerca a ese monstruo...

AMALIA.—¿Qué querrá?

AGUIRRE.—Lo sabremos ahora mismo. Siéntense todos. (A el CRIADO.) Que pase.

(El CRIADO se inclina y desaparece. Poco después, entra el señor PONCE: bajo, grueso, moreno, aspecto casi terrible, de luto, pelo negro y espeso, frente baja, gran bigote negro. Aprieta continuamente los puños y habla de modo forzado, hasta con violencia a duras penas contenida. De vez en cuando se limpia el sudor con un pañuelo a listas negras. Al hablar, su mirada será dura, fija, tétrica.)

AGUIRRE.—Pase, pase usted, señor Ponce. (Presentándolo.) El nuevo Secretario señor Ponce. Mi esposa, la señora de Cibeles, la señora Cima, mi hija, el señor Cibeles y Laureano, mi cuñado. Siéntese.

PONCE.—Gracias. Sólo un momento y no les molestaré más.

AGUIRRE.—¿Desea usted hablarme a solas?

PONCE.—No. Puedo hablar también delante de todos. Además, se trata de una explicación que me creo en el deber de dar.

AGUIRRE.—¿Se refiere usted a la visita de su señora suegra? Ya no es necesaria la explicación, porque...

PONCE.—No es por eso, señor Asesor. Tengo también que hacer constar que la señora Flores, mi suegra, habría sido la primera en venir, sin duda alguna, antes de que la señora y la señorita hubieran tenido la bondad de honrarla con su visita... si yo no hubiera hecho todo lo humanamente posible por impedírselo; ya que no puedo permitir que ella haga visitas, ni que las reciba.

AGUIRRE.—(Con orgullo resentido.) ¿Se puede saber por qué? Y perdone.

PONCE.—(Cada vez más alterado, a pesar de sus esfuerzos por contenerse.) Mi suegra les habrá hablado a ustedes de su hija. Les habrá dicho que le prohíbo verla, subir a mi casa...

AMALIA.—¡Oh, no! La señora ha hablado de usted con toda consideración, llena de bondad.

DINA.—No ha dicho nada malo de usted. Al contrario.

AGUIRRE.—Y que ella se abstiene de subir a casa de su hija, en atención a un sentimiento de usted, que... nosotros, francamente, le dijimos no podíamos comprender.

SRA. CIBELES. —Incluso, si tuviéramos que dar nuestra opinión...

AGUIRRE. —Sí, señor; que nos ha parecido una crueldad. Una verdadera crueldad.

PONCE.—Precisamente he venido para poner eso en claro, señor Asesor. La situación de esa mujer es muy digna de lástima; pero no menos terrible es la mía, así como la circunstancia que me obliga a disculparme, a dar a ustedes cuenta y razón de una desventura que solamente... solamente una violencia como ésta podía obligarme a descubrir. (*Calla un momento, mira a todos; luego, lentamente, subrayando.*) La señora Flores... está loca.

TODOS. —(*Con sobresalto.*) ¿Loca?

*(Varios toman sus celulares y empiezan a escribir)*

PONCE.—Desde hace cuatro años.

SRA. CIBELES. —(*Con un grito.*) ¡Cómo! Pero si no lo parece, en absoluto.

AGUIRRE.—(Asombrado.) ¡Cómo! Loca.

PONCE. —No lo parece, pero está loca. Y su locura consiste precisamente en la monomanía de creer que yo no quiero dejarle ver a su hija. *(En un arranque de feroz emoción.)* ¿Qué hija, Dios mío? Si su hija murió hace cuatro años.

TODOS. —(*Sorprendidos.*) ¡Muerta...? ¡Oh! ¡Cómo! ¡Muerta?

PONCE. —Hace cuatro años. Esa fue la causa de su demencia.

CIBELES. —Pero, entonces... ¿la que vive con usted?

PONCE. —Es mi segunda esposa. Me casé con ella hace dos años.

AMALIA. —¡Y la señora cree que ésta es otra vez su hija! Como si la viera.

PONCE.- (*Cantan*)

Su locura la ha salvado, por una extraña razón, creer eso le ha aliviado, su gran desesperación.

Desde aquel triste hospital  
donde ella estaba recluida,  
me miró pasar un día  
con la que es mi esposa actual

Se quiso descomponer,  
reía y también lloraba,  
creyó ver a su hija amada  
en mi segunda mujer.

Pensando que estaba viva,  
su locura por dolor  
se puso de otro color,  
que ya nadie notaría.

Ahora se veía radiante  
con mucha felicidad,  
pensando que no es verdad  
que haya muerto, ni un instante.

Ella cree lo que ha contado,  
le funcionaba bien sentir,  
que a su hija la he encerrado  
pues la quiero para mí.

Que por eso ni a ella dejo  
acercarse a mi adorada,  
pero tanto amor reflejo  
que lo acepta resignada.

Y fuera de su amargura  
por no poderse acercar,  
cualquiera que la oiga hablar  
no sospecha su locura.

AMALIA: No señor, en lo absoluto

SRA. CIBELES: Quién lo afirme sería un bruto.  
Dice que viviendo así  
vive a gusto y muy feliz.

PONCE. —Lo dice a todo el mundo. A mí me tiene verdadero afecto y gratitud, porque yo procuro secundarla en todo cuanto puedo, aun a costa de grandes sacrificios. Tengo que sostener dos casas. Obligo a mi mujer, que afortunadamente se presta a ello por compasión, a mantenerle esa ilusión...; que es su hija. Se asoma a la ventana, le habla, le escribe. Pero la caridad, señora, es un deber... hasta cierto límite. No puedo obligar a mi mujer a convivir con ella. Y, mientras tanto, la pobre, vive como en una cárcel, encerrada siempre con llave, por miedo a que la loca se le meta en casa. Es una loca pacífica, de acuerdo. Pero comprendan ustedes que mi mujer tenga miedo, si la otra viene a acariciarla.

AMALIA. —(*Con horror y piedad.*) ¡Oh...! Claro. ¡Pobre mujer! Me lo imagino.

SRA. CIBELES.—(*A su marido y a la SEÑORA CIMA.*) ¡Ah! ¿Han oído? Es ella la que quiere estar encerrada con llave.

PONCE. —(*Para terminar.*) Señor Asesor, comprenderá usted que yo no podía consentir la visita, si no era forzoso.

AGUIRRE.—Lo comprendo perfectamente. Ahora, sí. Y me lo explico todo.

PONCE.—El que tiene una desgracia así, debe permanecer apartado. Ya que fui obligado a hacer venir aquí a mi suegra, era mi deber hacer también esta declaración. Por respeto al cargo que ocupo. Debe frenarse esa locura en redes sociales de estar afirmando que yo, por celos, o por lo que sea, impido a una pobre madre ver a su hija. (*Se levanta.*) Señor Asesor. (*Se inclina luego ante LAUREANO y CIBELES.*) Señores. (*Sale por el fondo.*)

AMALIA.—(*Aturdida.*) ¡Oh! Conque está loca.

SRA. CIBELES.—¡Pobre mujer! Loca.

DINA. —¡Claro! Así se comprende. Se cree que es hija suya. (*Oculta la cara con las manos.*) ¡Qué horror!

SRA. CIMA. —¡Quién iba a suponer...!

AGUIRRE.—Sin embargo... No había más que oírla hablar...

LAUREANO. —¿Tú te habías dado cuenta?

AGUIRRE.—No, pero... Si ella misma no sabía qué decir.

SRA. CIBELES.—Eso creo yo. ¡Pobrecilla! No razona.

CIBELES. —Pero es extraño, que estando loca... pudiera explicar de tal manera por qué el yerno no quería dejarle ver a su hija... y disculparlo, y adaptarse a las razones que ella misma había inventado.

AGUIRRE. —Pues eso es, precisamente, lo que demuestra que está loca. Eso de buscar disculpa para su yerno, sin poder encontrar ninguna admisible.

AMALIA.—Y se contradecía ella sola.

AGUIRRE. —(*A CIBELES.*) ¿Y crees que, si no estuviera loca, iba a aceptar esas condiciones de no ver a su hija más que desde una ventana, con el pretexto que

aduce de ese amor morboso del marido que quiere que nadie vea a su mujer?

CIBELES. —¡Claro! ¿Y de loca lo acepta? Muy extraño es eso. ¡Muy extraño! (A LAUREANO.) ¿Qué dices tú a eso?

LAUREANO. —¿Yo? Nada.

(Todos empiezan a escribir en sus celulares)

### **ESCENA VI**

DICHOS, el CRIADO; luego, la SEÑORA FLORES

CRIADO. —(Desde la puerta, tímido.) Con permiso de los señores.

AMALIA.- Un momento, déjanos terminar de subir esto al Facebook

(Continúan escribiendo en sus celulares)

AMALIA.- Ahora sí. ¿Qué pasa?

CRIADO.- Aquí está otra vez la señora Flores.

AMALIA. —(Asustada.) ¡Dios mío! A ver si ahora no vamos a poder quitárnosla de encima.

SRA. CIBELES.—Sabiendo que está loca...

SRA. CIMA. —Sabe Dios lo que vendrá a contar ahora. Como le den ustedes conversación...

CIBELES. —Me gustaría saber lo que dice. No estoy ni pizca convencido de que esté loca.

DINA.—Claro, mamá. No hay por qué tener miedo. Es tan pacífica...

AGUIRRE. —Sí. Habrá que recibirla. Vamos a ver lo que quiere. Luego, ya veremos. Pero siéntense todos. Es mejor estar sentados. (A el CRIADO.) Dígale que pase, (Sale la CRIADO.)

AMALIA. —Ayúdenme, por favor. Yo ya no sé ni qué decir.

*(Entra la SEÑORA FLORES. AMALIA se levanta y le sale al encuentro, muerta de miedo. Los demás la miran asustados.)*

SRA. FLORES.—¿Dan ustedes permiso?

AMALIA. —Pase, pase usted, señora. Son mis amigos, que están aquí todavía, como usted ve...

SRA. FLORES. —*(Con triste afabilidad, sonriendo.)* ...y que me miran... lo mismo que usted, señora, como a una pobre loca, ¿verdad?

AMALIA.—No, señora. ¿Qué dice usted?

SRA. FLORES. —*(Con profundo dolor.)* ¡Ah, señora! Preferible la descortesía de dejar a ustedes delante de la puerta, como hice la primera vez. Nunca pude suponer que ustedes insistirían y me obligarían a hacer esta visita, cuyas consecuencias conocía yo de antemano.

AMALIA.—Créame, señora, que estamos todos encantados de verla a usted. ¿Qué tal si nos tomamos un selfie juntos?

CIBELES. —No es el momento Amalia. La señora está apenada... No sabemos por qué. Díganoslo.

SRA. FLORES. —¿No ha salido de aquí mi yerno hace un instante?

AGUIRRE. —¡Ah, sí...! Ha venido... ha venido, señora, para hablarme de... de asuntos profesionales... Sí, eso es.

SRA. FLORES. —*(Herida, consternada.)* ¡Ah! Dice usted eso para tranquilizarme. Una mentira piadosa.

AGUIRRE. —No, no, señora. Esté usted segura de que le he dicho la verdad.

SRA. FLORES. —*(Como antes.)* ¿Estaba tranquilo, al menos? ¿Ha hablado tranquilo?

AGUIRRE. —Claro que sí. Muy tranquilo. ¿Verdad?

*(Todos asienten.)*

SRA. FLORES. —¡Dios mío! Ustedes creen tranquilizarme y, en cambio, yo quisiera tranquilizarles a ustedes con respecto a él.

SRA. CIBELES. —Pero... ¿de qué, señora? Si él... Ya le hemos dicho...

AGUIRRE. —...ha estado hablando conmigo de asuntos profesionales.

SRA. FLORES. — Debo confesarles que quise reactivar mi Facebook y para mi desgracia o fortuna, lo primero que veo es una serie de comentarios de que mi yerno estuvo aquí y de lo que vino a contarme.

(Canta)

Noto como aquí me miran  
y que le vamos a hacer,  
si ustedes han de creer  
que mi historia fue mentira.

(A Aguirre)

Fue testigo de que yo  
hace solo unos momentos  
di muy torpes argumentos  
a lo que me preguntó

(A las Sra. Cibeles)

Sus preguntas fueron crueles,  
no he sabido responder,  
no supe satisfacer  
a la señora Cibeles

Nuestro modo de vivir  
reconozco que es extraño,  
pero a nadie le hace daño  
no tengo por qué mentir.

Podría mentirles diciéndoles  
que mi hija murió hace tiempo  
y loca de ese tormento  
la asumo viva y queriéndome.

No deseaba de esto hablar  
pero él vino aquí a mentirles,  
y me obliga a demostrar  
que lo hace sin herirme.

AGUIRRE. —(*Atónito ante el profundo tono de sinceridad en que ha hablado la SEÑORA FLORES.*) Pero... ¡Cómo...! ¿Su hija...?

SRA. FLORES. —(*Rápida, con ansia.*) ¿Pensaron que podían ocultármelo porque les dije que ya no revisaba mi Facebook? Pues bien, ya ven que leí los comentarios. Ya lo sé. Y sé también la turbación que le causa verse obligado a decir eso de mí. Comprendo que llame la atención, que la gente se escandalice, sospeche... Pero, por otra parte, él es un funcionario que cumple con sus deberes escrupulosamente, con

todo celo. Usted habrá podido observarlo.

AGUIRRE.— Eso es claro y notorio para todos los usuarios y empleados de la Alcaldía

SRA. FLORES. —¿Por qué incomodarlo con esas averiguaciones sobre su vida particular, sobre... su desgracia, ya superada, lo repito; pero que, descubierta, podría... perjudicarle en su carrera?

AGUIRRE. —¡Vamos, señora! No se aflija usted así. Nadie quiere atormentarlo. Usted sabe cómo es la gente con esto del Facebook, le encanta opinar sin saber, pero no hay mala intención detrás de eso

SRA. FLORES. —¡Dios mío! ¿Cómo quieren que no me aflija, viéndolo obligado a dar a todo el mundo una explicación absurda, horrible...? Cada vez que lee toda esa basura en redes no quiere ni salir a la calle. ¿Pero ustedes pueden creer de verdad que mi hija ha muerto, que yo estoy loca y que la que él tiene en casa es su segunda mujer? ¡Pero si para él es una necesidad decir eso, créanme...! Sólo así ha podido serle devuelta la calma, la confianza. Pero él se da perfecta cuenta de lo disparatado de cuanto dice. Y cuando se le obliga a hablar, se altera, se convulsiona. Lo habrán observado ustedes.

AGUIRRE.—Sí. En efecto. Estaba... un poco alterado.

SRA. CIBELES.—¡Cómo! Pero entonces... ¿es él?

CIBELES. —Claro que debe ser él. (*Triunfante.*) Señores, ¿qué les había dicho yo?

AGUIRRE.—Pero... ¿Es posible? (*Viva agitación en todos.*)

(*Todos menos Remberto toman sus celulares dispuestos a escribir*)

SRA. FLORES. —(*Rápida, juntando las manos.*) ¡No! ¡Por caridad, señores! Detengan esa sed de publicarlo todo. ¿Qué creen ustedes? Sólo es ese punto el que no se le puede tocar. ¿Creen ustedes que yo iba a dejar a mi hija sola con él, si estuviera verdaderamente loco? ¡No! Y además, señor Asesor, usted lo dijo: Él cumple en la Alcaldía con sus deberes como el mejor. ¿No debería ser eso lo único que importa? ¿Por qué su vida privada tiene que incidir? A él se le contrató por sus conocimientos y destrezas... ¿no debería ser eso el único tema sobre el que debería juzgársele? No he leído un solo comentario en Facebook mencionando lo buen funcionario que es...

AGUIRRE. —Pero es preciso, señora, que explique usted con claridad qué es lo que pasa. ¿Es posible que su yerno haya venido aquí con una historia totalmente inventada?

SRA. FLORES. —Sí, señor. Eso es. Se lo explicaré todo. Pero hay que compadecerlo,

señor asesor.

AGUIRRE.—Pero, vamos a ver: ¿No es cierto que su hija ha muerto?

SRA. FLORES.—(*Con horror.*) ¡Oh, no! ¡Dios me libre!

AGUIRRE.—(*Irritadísimo, gritando.*) Entonces, el loco es él.

SRA. FLORES.—(*Suplicando.*) No... no... Escuche...

CIBELES.—(*Triunfante.*) ¡Claro que sí! Tiene que ser él.

SRA. FLORES: (*Canta*)

No señor, no está demente,  
ustedes lo han visto bien,  
es robusto, alto y fuerte  
y eficiente como cien.

Mi hija luego de casarse  
de algo extraño enloqueció,  
no podía ni pararse,  
su salud desmejoró

Aconseja el doctor  
a los padres de mi yerno,  
hoy en el descanso eterno  
que ella estaría mejor,  
recluida en un hospital.

Y yo también consentí,  
por no estar mi yerno aquí,  
trabajaba en Portugal.

Al principio él lo aceptó  
con triste resignación  
pero el tiempo transcurrió,  
cayó en desesperación.

Quizá no mejoraría,  
nunca más podría verla,  
asumió que estaba muerta  
y a casa no volvería.

No quiso escuchar razones  
de luto empezó a vestirse,

la invocaba en oraciones  
no paró de deprimirse.

Tan solo un año pasaba  
y ella recuperó  
la salud que le faltaba,  
y un día a casa regresó.

Venía hermosa como flor,  
él dijo que no era ella,  
nunca la reconoció,  
para él era otra doncella.

¡Oh señores! ¡Que tormento!  
de casa la iba a sacar,  
tuvimos que simular  
un segundo casamiento.

SRA. CIBELES.—¡Ah! Entonces, por eso decía él...

SRA. FLORES. —Sí. Pero no lo cree ni él mismo. Necesitaba decirlo a los demás. No. No puede menos. Para estar seguro... ¿Comprenden...? Porque, de vez en cuando, le entra el miedo de que se lleven otra vez a su mujer. (*En voz baja. Sonríe confidencialmente.*) Si por eso la tiene encerrada con llave. Toda para él. Pero la quiere, la adora. Estoy segura. Y mi hija vive tan contenta. (*Se levanta.*) Me voy corriendo, no sea que venga al instante en busca mía, si es que está algo alterado... (*Suspira dulcemente.*) ¡Paciencia! Aquella pobrecita tiene que hacer el papel de que no es ella, sino otra. Y yo... Yo el de loca, señores. Pero ¡qué vamos a hacer...! Si así conseguimos que él esté tranquilo... No se molesten, por favor, ya sé el camino. Encantada, señores, encantada. (*Saludando y haciendo inclinaciones, se va de prisa por el fondo. Quedan todos de pie, atónitos, mirándose unos a otros. Silencio.*)

LAUREANO. —(*Colocándose en medio.*) ¿Qué miran cada uno en los ojos de los demás? ¿La verdad? ¿Y ahora? ¿Qué van a postear en las redes sociales? (*Ríe a carcajadas.*)

TELÓN

## ACTO SEGUNDO

**Despacho** en casa del Asesor AGUIRRE. Cuadros y muebles antiguos. Puerta al fondo con cortina y otra a la izquierda, que da al salón, también con cortinas. A la derecha, chimenea en cuya tabla se apoya un gran espejo. Sobre la mesa, un teléfono. Diván, sillones, sillas, etcétera.

## ESCENA PRIMERA

AGUIRRE, LAUREANO y CIBELES

AGUIRRE. —(*Está de pie junto a la mesa. Habla por teléfono. LAUREANO y CIBELES, sentados, lo miran en actitud de espera.*) ¡Pronto...! Sí. ¿Hablo con Ventura? ¿Qué hay...? Sí. Bravo. (*Escucha.*) Pero... ¡Cómo! ¿Es posible? (*Pausa.*) Lo comprendo. Pero poniendo interés... (*Escucha un momento.*) Pero es extraño que no se pueda... (*Pausa.*) Sí, claro. Lo comprendo. (*Pausa.*) Bueno, mire a ver si puede verla otra vez. (*Cuelga el auricular.*)

CIBELES. —(*Ansioso.*) ¿Qué?

AGUIRRE.—Nada.

CIBELES. —¿No han encontrado nada?

AGUIRRE. —Todo destruido: el municipio, los archivos, todos los registros civiles...

CIBELES. —Pero... el testimonio de algún super viviente...

AGUIRRE.—No se tienen noticias de ninguno, y será difícilísimo averiguar...

CIBELES. —Así es que no queda más remedio que creer lo que diga el uno o lo que cuente la otra, sin ninguna prueba.

AGUIRRE.—¡Qué remedio!

LAUREANO. —(*Levantándose.*) ¿Quieren seguir mi consejo? Crean lo que dicen los dos.

AGUIRRE.—No veo cómo...

CIBELES. —...si ella dice blanco y él dice negro.

LAUREANO. —Entonces, no crean a ninguno de los dos.

CIBELES. —No digas chistes. Faltan las pruebas, los detalles del caso. Pero la verdad tiene que estar en lo que dice él o en lo que dice ella.

AGUIRRE.- Ya vez la cantidad de personas que están pidiendo más detalles del caso en Facebook

LAUREANO. —Los detalles del caso. ¡Ya! ¿Qué van a deducir de eso?

AGUIRRE.—Pues, muy sencillo. Si la loca es la señora Flores, el acta de defunción de la hija... que por cierto no la encuentran, porque han desaparecido todos los documentos... Pero puede ser que la encuentren mañana, y en ese caso... Una vez encontrada el acta, queda demostrado que tiene razón el yerno.

CIBELES. —¿Podrías negarlo, si mañana publicamos una foto del acta en Facebook?

LAUREANO. —¿Yo? Pero si yo no niego nada. Me guardaré muy bien. Son ustedes y toda esa gente, casi anónima, de las redes sociales, no yo, lo que necesitan datos y pruebas para afirmar o negar. Yo no sabría qué hacer con esas pruebas; porque, para mí, la realidad no está en ellas, sino en el ánimo de ellos dos, en el que yo no puedo penetrar, ni saber más que lo que ellos quieran decirme.

CIBELES. —Muy bien. ¿Y no dicen, precisamente, que uno de los dos está loco? O el loco es él, o la loca es ella. De eso no cabe la menor duda. Pero ¿cuál de los dos?

AGUIRRE.—Esa es la cuestión.

LAUREANO. —Ante todo, no es cierto que lo digan los dos. Lo dice él, el señor Ponce, de su suegra. Pero la señora Flores lo niega, no sólo de sí misma, sino de él. Reconoce que en una ocasión estuvo un poco trastornado por la obsesión amorosa; pero afirma que ahora está completamente curado.

CIBELES. —¡Ah! Luego usted se inclina a creer, como yo, lo que dice la suegra...

AGUIRRE.—Es cierto que, según lo que ella dice, puede uno explicárselo todo perfectamente.

LAUREANO. —Pero también puede uno explicárselo según lo que dice el yerno.

CIBELES. —Y ¿entonces qué?... ¿ninguno de los dos está loco? ¡Pues uno de los dos tiene que estarlo!

LAUREANO. —Sí. Pero ¿cuál de los dos? No pueden asegurarlo ustedes, ni puede afirmarlo nadie como tantos lo están haciendo en Facebook. Y no sólo porque los datos hayan desaparecidos en un terremoto, no. Sino porque ellos mismos se convencieron de cosas distintas. Ambos le crearon una fantasía al otro que tiene la misma consistencia que la realidad, y en esa fantasía vive cada uno, en perfecta armonía, pacíficamente. Y ese documento que buscan ustedes serviría, a lo sumo, para satisfacer esa insípida curiosidad de tantos. Pero no lo encontrarán... Y así, están condenados al maravilloso suplicio de tener, a su lado, ante sus ojos, la fantasía y la realidad, sin poder distinguir la una de la otra.

AGUIRRE. —Todo eso es filosofía, amigo mío. Y lo veremos, lo veremos ahora. A ver

si es posible o no.

CIBELES. —Hemos oído primero al uno y después a la otra. Y... enfrentándolos a los dos... ¿creen que no descubriremos cuál de ellos fantasea y cuál dice la verdad?

LAUREANO. —Bueno. Y a mí, al final, me permitirá que me carcajee.

AGUIRRE. —Sí, hombre, sí. Ya veremos quién se ríe último. No perdamos tiempo. (*Se dirige a la puerta de la izquierda y llama:*) ¡Amalia! ¡Señoras! Vengan ustedes.

## ESCENA II

DICHOS, AMALIA, SEÑORA CIBELES y DINA

SRA. CIBELES. —(*A LAUREANO, amenazándole con el dedo.*) ¿Todavía? ¿Todavía usted?

CIBELES. —Es incorregible.

SRA. CIBELES. —Pero ¿cómo es posible que resista usted a la tentación de penetrar en este misterio que acabará por volvemos locos a todos? Yo no he podido dormir esta noche.

AGUIRRE.—Déjelo, señora. No le haga caso.

LAUREANO. —Dele usted las gracias a mi cuñado, que le está preparando a usted el sueño para esta noche.

AGUIRRE.—Bueno, atención

(Cantan)

AGUIRRE: Vengan y repacemos nuestro plan,  
quedamos en que van a visitar  
a la señora Flores en su hogar.

AMALIA: Espero no nos deje en el zaguán

DINA: No creo que nos haga ese desaire,  
debemos devolverle la visita.

AMALIA: El yerno no quiere que llegue nadie  
y hasta donde puede nos evita.

- CIBELES: Pero eso era antes de que ella viniera,  
pues nadie sabía nada de su vida.
- SRA. CIBELES: Ahora esa señora hasta quisiera,  
tener con quien hablar sobre su hija.
- DINA: Es linda y tan afable la señora  
que no tengo razón para dudar,  
por más que se esforzó en contar su historia  
es él quien está loco de amarrar.
- AGUIRRE: No nos precipitemos a juzgar,  
quizá nuevas noticias nos sorprendan,  
pongámonos más bien a trabajar,  
vayan ustedes y no se entretengan
- DINA: No más de un cuarto de hora ha de tardar,  
seremos puntuales como un reloj
- CIBELES: Y tú mujer, solo ponte a escuchar
- SRA. CIBELES: ¿Por qué me dices eso? dímelo
- CIBELES: Porque cuando tu coges la palabra  
el tiempo vuela y tú no has de callar
- SRA. CIBELES: Yo cuidaré que mi boca no se abra,  
y mientras tanto me pondré a chatear
- AGUIRRE: Yo por mi parte voy a la Alcaldía,  
regresaré en solo veinte minutos.
- CIBELES: No quiero aquí quedarme como bruto.
- AGUIRRE: Jamás sin su tarea lo dejaría.  
Pero antes debo concretar labores  
con estas bellas damas, así se usa,  
deben traer a la señora Flores  
con un pretexto, con cualquier excusa.
- AMALIA: ¿Y cómo cual pretexto buscaremos?
- AGUIRRE: Ya surgirá uno en la conversación  
en eso son muy buenas, lo sabemos  
la cosa es que venga pronto al salón.

*(Abre la puerta de la izquierda y corre las cortinas.)*

AGUIRRE: Recuerden esta puerta no cerrar,  
para que oigamos todo desde aquí,  
y en la Alcaldía digo que perdí  
estos papeles que finjo olvidar.  
Entonces pido a Ponce el gran favor  
que me ayude a buscar en mi escritorio.

CIBELES: ¿Y yo? Asígneme una labor.

AGUIRRE: Usted aparecerá en medio jolgorio.  
Cuando en la sala todas estarán,  
usted entra y me pregunta por su esposa,  
y yo como quien no quiere la cosa  
las hago entrar aquí y se toparán

LAUREANO: Y la verdad que surge de repente.

DINA: Ya lo verás, títo, no lo duden  
cuando estén él y ella frente a frente  
tendrán que hablarnos claro, aunque suden

AGUIRRE: No insistas hija ya no le hagas caso.  
aquí no queda tiempo para hablar.

SRA CIBELES: Es cierto, no la voy ni a saludar,  
no quiero que me culpen de un atraso.

LAUREANO. —¡Bravo! ¡Dele recuerdos de mi parte! *(Se estrecha una mano con otra.)*  
¡Buena suerte! *(Salen AMALIA, DINA y la SEÑORA CIBELES.)*

AGUIRRE.—*(A CIBELES.)* Vamos nosotros, ¿no?

CIBELES. —Sí, vamos. Adiós, Remberto.

LAUREANO. —*(Con cierta guasa.)* Adiós, hombre, adiós. *(Salen AGUIRRE y CIBELES.)*

### ESCENA III

LAUREANO. Luego, el CRIADO

LAUREANO. —(*Se pasea un momento sonriendo y moviendo la cabeza; luego, se detiene delante del espejo, contempla su imagen y habla con ella.*) ¡Hola, muy buenas! (*La saluda con dos dedos, guiña un ojo con picardía, ríe maliciosamente.*) ¿Qué hay, amigo? ¿Cuál es el loco de nosotros dos? (*Apunta con el dedo a su imagen, que, naturalmente le devuelve el gesto. Ríe nuevamente.*) Ya lo sabía. Yo digo que tú, y tú me señalias a mí con el dedo, ¡Cómo nos conocemos tú y yo! ¡Lástima que los demás no te vean como yo te veo! Pues, ¿en qué te transformas, amigo mío? Aquí, frente a vos, me veo y me toco, y me pregunto: «¿Cómo sos para los demás?» Un fantasma, amigo mío, un fantasma. Y, sin embargo, ¿ves esos locos? Sin fijarse en el fantasma que cada uno lleva dentro de sí mismo, corren llenos de curiosidad detrás del fantasma de los demás, y creen que es otra cosa distinta.

CRIADO. —(*Entra y se queda asombrada al oír las últimas palabras que LAUREANO le dirige al espejo.*) Señor...

LAUREANO. —¿Eh?

CRIADO. —Ahí hay dos señoras: la señora Cima y otra.

LAUREANO. —¿Preguntan por mí?

CRIADO. —Han preguntado por la señora. Les dije que estaba de visita aquí, al lado, en casa de la señora Flores, y...

LAUREANO. —¿Y qué?

CRIADO. —Se miraron una a otra. Luego, jugueteando con los guantes en la mano: (*Imita.*) «¿Ah, sí? ¿Ah, sí?» Y después de vacilar un poco, me preguntaron si no había nadie en la casa.

LAUREANO. —Les dirías que no estaba nadie.

CRIADO. —Les dije que estaba usted, señor.

LAUREANO. —¡Ah! Que pasen, que pasen. (*Sale el CRIADO, volviéndose varias veces para convencerse de que no está soñando.*)

## ESCENA IV

DICHOS, la SEÑORA CIMA y El Señor Nano

SRA. CIMA. —¿Se puede?

LAUREANO. —Adelante, adelante, señora.

SRA. CIMA. —Me han dicho que no estaba la señora. He traído a mi marido (*Presentándolo; es un viejo más pueblerino que ella misma, lleno de curiosidad, pero precavido y asustadizo.*) que nunca me cree nada. Quiero que conozca a la señora...

LAUREANO. —(*Rápido.*) Flores.

SRA. CIMA. —No, no. A su señora hermana de usted.

LAUREANO. —¡Ah, ya! Pues no tardará en venir. Y también vendrá la señora Flores. Pero siéntense. (*Les indica el diván y va a sentarse entre ambos.*) ¿Me permiten? Aquí cabemos los tres. Y también estaré aquí la señora de Cibeles.

SRA. CIMA. —Ya. Nos lo ha dicho la empleada.

LAUREANO. —Todo ha sido convenido, ¿sabe? ¡Ah! Va a ser una escena interesantísima. Dentro de poco... a las once... ¡aquí!

SRA. CIMA. —(*Asombrada.*) Convenido... Pero, ¿el qué?

LAUREANO. —(*Con mucho misterio, gesticulando primero con el dedo índice; luego, hablando.*) El encuentro. (*Gesto de admiración.*) ¡Una idea genial!

SRA. CIMA. —Pero ¿qué encuentro?

LAUREANO. —¡El de los dos...! Primero, vendrá él aquí...

SRA. CIMA. —¿El señor Ponce?

LAUREANO. —...y ella será conducida ahí. (*Indica el salón.*)

SRA. CIMA. —¿La señora Flores?

LAUREANO. —La misma. (*Como antes: primero con el gesto y luego hablando.*) Pero, luego... ¡los dos... aquí! Frente a frente. Y nosotros alrededor, viendo y oyendo. ¡Una idea genial!

SRA. CIMA. —¿Para enterarnos...?

LAUREANO. —De la verdad. Por más que... la verdad ya se sabe. Sólo se trata de desenmascararla.

SRA. CIMA. —(*Sorprendida y con gran curiosidad.*) ¡Ah! ¿Pero ya se sabe? ¿Y cuál es? ¿Cuál de los dos? ¿Cuál?

LAUREANO. —Vamos a ver: adivine. ¿Cuál cree usted que es?

SRA. CIMA. —(*Contentísima, dudando.*) Pues... yo creo... ¡Sí, eso es!

LAUREANO. —¿Él o ella? A ver. Adivine. ¡Ánimo!

SRA. CIMA. —Pues... yo digo que es él.

LAUREANO. —(*La mira un momento.*) Él es.

SRA. CIMA. —(*Contentísima.*) ¿De veras? ¡Ah, claro! ¡Claro! Si tenía que ser él. ¡Claro! La mayoría de personas que comentaron en Facebook, opinaron que tenía que ser él.

SR. NANO. —¿Y cómo se llegó a saber?

SRA. CIMA.- Se han tenido noticias de fuera, ¿verdad? Unas actas... o algo así me pareció leer en el grupo de WhatsApp

SR. NANO. —Por medio de la policía, ¿no?

SRA. CIMA.- Ya decía yo. Si tenía que descubrirse, tenía que ser con la autoridad del Alcalde...

LAUREANO. —(*Les hace signo para que se acerquen a él; luego, muy bajito, con mucho misterio.*) El acta del segundo matrimonio.

SR. NANO. —(*Confundido.*) ¿Del segundo?

SRA. CIMA. —(*La noticia cae como una bomba.*) ¡Cómo, cómo! ¿Del segundo matrimonio? ... Pero, entonces... Entonces ¡tenía razón él!

LAUREANO. —¡Ah, señora...! Yo me lavo las manos. Los datos del hecho, señora mía. El acta del segundo matrimonio, que, al parecer, lo dice bien claro.

SRA. CIMA. —(*Confundida*) Pero, entonces..., la loca es ella.

LAUREANO. —Eso parece.

SRA. CIMA.—Pero... ¡cómo...! ¿No decía usted que era él? Y ahora resulta que es ella.

LAUREANO. —Sí, porque el acta, señora mía, esa acta del segundo matrimonio, puede muy bien ser, como asegura la señora Flores, un acta simulada. ¿Me explico? Fingida. Un acta levantada en complicidad con unos amigos, para seguirle la manía a él, de que aquélla no era su mujer, sino otra.

SRA. CIMA. —¡Oh! Pero, entonces... Un acta así..., sin valor...

LAUREANO. —Eso es, señora mía. Sin más valor que el que cada cual quiera darle. ¿No están ahí también las cartitas que la señora Flores dice que recibe todos los días de su hija, por medio de la cesta y la cuerda, en el patio? Ahí están esas cartas. ¿No es cierto?

SRA. CIMA. —¿Y qué?

LAUREANO. —Pues... nada. Que son también documentos. Documentos, señora. Pero... con el valor que usted quiera darles. Viene el señor Ponce, y nos dice que esas cartas son fingidas para seguirle la locura a la señora Flores.

SRA. CIMA.—¡Oh! Pero entonces, ¿no se sabe nada en concreto?

LAUREANO. —¿Cómo, nada? No exageremos. Se cuantos días tiene la semana... cuantos meses tiene el año

SRA. CIMA. —¡Eeeh! ¡Vaya! Usted quiere tomarnos el pelo.

## ESCENA V

DICHOS y DINA

DINA. —(*Corriendo, por el fondo.*) ¡Tiíto! Por favor... (*Se detiene al ver a la SEÑORA CIMA.*) ¡Oh, señora! ¿Usted aquí?

SRA. CIMA. —Sí. Vine con mi marido...

DINA. —Voy a decirle a mamá que están ustedes aquí. ¡Ay, tío! Si la oyeras... ¡Qué tesoro de viejecita! ¡Cómo habla! ¡Y qué casita tan linda y tan bien arregladita! Cada cosa en su sitio... ¡Nos ha enseñado las cartas de su hija!

SRA. CIMA. —Sí. Pero, según nos decía el señor Laureano...

DINA.—¿Y él qué sabe, si no las ha leído?

SRA CIMA. —Y... ¿no pueden ser fingidas?

DINA. —¡Qué van a ser...! No le hagan caso. ¿Creen ustedes que el corazón de una madre puede equivocarse? En la última cartita, en la de ayer... (*Se interrumpe al oír rumor de voces en el salón.*) ¡Ah, ahí vienen! ¡Ya están aquí, como si nada! (*Se va a la puerta del salón para mirar.*)

SRA. CIMA. —(*Detrás de DINA.*) ¿Con ella? ¿Con la señora Flores?

DINA. —Sí. Vamos, vamos. Tenemos que estar todas en el salón. ¿Son ya las once, tío?

### ESCENA VI

DICHOS y AMALIA

(*Cantan*)

AMALIA: ¡No podría ser de otro modo!  
ya no me hacen falta pruebas.

DINA: Con mamá, de acuerdo en todo,  
no vendrán sorpresas nuevas

AMALIA: (*A la Sra. Cima*) Buenos días, ¡ha venido!

SRA. CIMA: Así es pero no sola,  
el es Nano mi marido.

AMALIA: (*Al público*) Aquí empieza a hacerse cola.  
Ya no hay duda el loco es él.

SRA. CIMA Ya ni me parece extraño.

DINA: Avisen a papá, que  
detengamos este engaño.  
Pobre dama, no merece  
que aquí la hagamos venir.

AMALIA: También empiezo a sentir,  
que esto una traición parece.

LAUREANO: Por supuesto que es indigno  
insistir cuando nos toca

admitir que es fidedigno,  
que aquí ella es la que está loca.

AMALIA: Pero tú ¿qué estás diciendo?

LAUREANO: Pues que ella es, ella es

AMALIA: Tontería, es al revés

DINA: Déjalo que está jodiendo.  
Aquí estamos muy seguras  
que afirmar eso es maldad.

LAS OTRAS EN CORO: Es verdad, eso es verdad,  
somos personas maduras.

LAUREANO. ¿Por qué así, tan de repente,  
tienen esa gran certeza?

DINA: Ya no insistan, que pereza,  
que él se burla de la gente.

AMALIA: Vamos, vamos. Es la hora, *(A la puerta del salón.)*  
pasen todas por favor,  
venga usted también señora  
que esto se pondrá mejor.

*(Cuando DINA va a salir, LAUREANO detiene a DINA que va de última)*

LAUREANO: Algo más, no tardo nada.

DINA: No quiero escucharte, tío.

LAUREANO: Deja esa puerta cerrada,  
para ti aquí no hay lío

DINA: Yo por mí la dejo abierta,  
ya no hay nada que probar,  
pero papi va a llegar  
y fue claro con la puerta.  
Su carácter ya conoces,  
no lo quiero contrariar.

LAUREANO: Pues no creo que haya roces,  
será fácil de explicar.  
Tu podrías convencerlo

ya que eres su consentida,  
que no hay que dejar abierto  
¿o es que no estas convencida?

DINA: Estoy convencida ya.

LAUREANO: Pero no quieres cerrar

DINA: Te gusta verme dudar,  
si no cierro es por papá

LAUREANO: ¿Puedo yo cerrarla entonces?

DINA: De eso tu responderás.

LAUREANO: Pero como bien sabrás,  
yo no sé si el loco es Ponce.

DINA: Ven conmigo al salón,  
cuando uno la escucha hablando,  
la duda va disipando,  
todos cambian de opinión.

LAUREANO: Si cierro te acepto el reto,  
la responsabilidad  
yo la asumo por completo,  
ya solo hay una verdad.

DINA: Como que te he convencido  
sin siquiera oírla hablar,  
pero papi aún no ha venido  
y sé que se va a enojar

LAUREANO: Él, en forma no arbitraria,  
ahora piensa al revés,  
que esa prueba ahora es  
totalmente innecesaria

DINA: ¿Y de qué manera extraña,  
papi cambió de repente.

LAUREANO: Recuerda que lo acompaña  
Ponce, que es muy convincente.

DINA: Insinúas que es probable,  
que papá y los Regidores

crean que, aunque muy amable,  
loca es la señora Flores.

LAUREANO: ¡Claro que sí! ¡Él ha hablado!  
sin que nadie se lo evite.  
Y ahora si me lo permites,  
esta puerta, aun no cerrado.

(LAUREANO se acercará a la puerta resueltamente.)

DINA. —(Rápida, deteniéndole.) ¡No! (Conteniéndose.) Oíme... Si tú también crees... dejemos abierto.

LAUREANO. —(Ríe para sus adentros.) ¡Ah, ah...!

DINA.—Lo digo por... papá.

LAUREANO. —Y papá dirá que por ustedes. Bueno, dejemos abierto. (Se oye en el salón un piano. Es una vieja melodía llena de dulzura.)

DINA.—¡Ah! Es ella. ¿Oyes? Es ella la que toca.

LAUREANO. —¿La viejecita?

DINA. —Sí. Nos ha dicho que su hija, antes, tocaba siempre esta vieja melodía. ¿Oís con qué dulzura la toca? ¡Vamos, vamos! (Salen ambos por la puerta de la izquierda.)

## ESCENA VII

AGUIRRE, PONCE; luego, CIBELES

(La escena está sola unos momentos. Sigue oyéndose el piano. PONCE, al entrar con AGUIRRE, oye la música y se altera profundamente. Su turbación irá en aumento durante la escena.)

AGUIRRE. —(Ante la puerta del fondo.) Pase, pase, tenga la bondad. (Hace entrar al señor PONCE; después entra él y se dirige hacia el escritorio para buscar los documentos que habrá preparado de antemano.) Debo haberlo dejado aquí. Siéntese, haga el favor. (PONCE sigue de pie, mirando con agitación hacia el salón, de donde llega el sonido del piano.) En efecto, aquí está. (Coge los documentos y se dirige a PONCE, hojeándolas.) Es un pleito, como le decía, que dura desde hace ya años. (Se vuelve él también hacia el salón, atraído por el sonido del piano.) Pero esa música... ¡Y precisamente ahora! (Gesto despectivo.) ¿Quién toca? (Se asoma al salón.) ¡Oh, mire!

PONCE. —¡En el nombre del padre! ¿Es ella? ¿Es ella la que está tocando?

AGUIRRE.—Sí; su señora suegra. ¡Y qué bien toca!

PONCE. —Pero... ¡Cómo! ¿La han traído aquí otra vez? ¿Y la hacen tocar?

AGUIRRE.—No veo nada malo en ello.

PONCE.—¡Oh, no! Por caridad. ¡Esa música, no! Es la que tocaba su hija.

AGUIRRE.—¡Ah! ¿Tal vez le causa dolor el oírla...?

PONCE. —A mí, no. Pero a ella... le causa un daño horrible. Ya le dije a usted, señor Asesor, y a las señoras, el estado de esa pobre desgraciada...

AGUIRRE. —(*Procurando calmarlo.*) Sí, sí... Pero... Mire usted...

PONCE. —(*Muy agitado.*) ...a la que deben dejar en paz. ¡Que no puede recibir visitas, ni visitar a nadie! Solamente yo puedo tratar con ella. ¡Oh! Esta será su ruina total. Acabarán con ella.

AGUIRRE. —No... ¿Por qué? Mi mujer sabrá tratarla... (*Cesa la música y se oye un murmullo de admiración.*) Eso es. Mire... Escuche...

DINA. —(*En Off.*) ¡Pero si toca usted todavía muy bien, señora!

SRA. FLORES. —(*En off*) ¡Yo? ¡Oh, no! ¡Qué amable! ¡Ay, si oyieran ustedes tocar a Lina, mi hija...! ¡Cómo toca!

PONCE. —(*Estremeciéndose, nervioso.*) ¡Lina! ¡Oye usted? ¡Ha dicho Lina!

AGUIRRE.—Claro... Su hija.

PONCE.—Pero dice «que toca». «¡Que toca!»

SRA. FLORES. —(*En off*) Pero ya no puede. No puede tocar desde entonces. Y quizá sea éste su mayor dolor. ¡Pobre hija mía!

AGUIRRE.—Es natural. La cree todavía viva.

PONCE. —Lo cree. Pero no se le puede consentir que lo diga. No debe... No debe decirlo. ¿Ha oído usted? «Desde entonces.» Ha dicho «desde entonces». Se refiere al piano, claro. Al piano de la pobre muerta. (*Aparece CIBELES, que al oír las palabras de PONCE, y viendo su agitación, queda atónito. AGUIRRE, también asustado, le indica con el gesto que se acerque.*)

AGUIRRE. —Tenga la bondad: ruege a las señoras que pasen aquí.

PONCE. —¿Aquí? ¿Las señoras? ¡No, no! Primero...

### **ESCENA VIII**

DICHOS, SEÑORA FLORES, AMALIA, SEÑORA CIBELES, DINA, SEÑORA CIMA, SEÑOR NANO y LAUREANO

*(A una seña de CIBELES, entran las señoras, asustadas. La SEÑORA FLORES, al ver a su yerno tan excitado, queda horrorizada. Atacada por él durante la escena, hará de vez en cuando, gestos de inteligencia a las demás señoras. La escena será rápida y acalorada.)*

PONCE. —¡Usted, aquí! ¿Aquí, otra vez? ¿A qué ha venido usted aquí? ¿A qué ha venido?

SRA. FLORES. —He venido... ¡Oh, calmate...!

PONCE. —Ha venido a decir otra vez... ¿Qué ha dicho? ¿Qué les ha dicho usted a estas señoras?

SRA. FLORES. —No les he dicho nada, te lo juro. ¡Nada!

PONCE. —Nada..., ¿eh? ¡Con que... nada! ¡Lo he oído yo! Y este señor (*por AGUIRRE*) también lo ha oído. Les ha dicho usted que «ella toca». ¿Quién toca? ¿Es Lina la que toca? Usted sabe muy bien que su hija murió hace cuatro años.

SRA. FLORES. —Sí, sí, claro. ¡Cálmate, por favor!

PONCE. —«No puede tocar desde entonces.» ¡Claro que no puede tocar! ¡Cómo va a poder tocar, si está muerta?

SRA. FLORES. —Eso es. Claro. Y... ¿No les he dicho yo eso, señoras? Les he dicho que no puede tocar desde entonces. ¡Si está muerta!

PONCE. —Y entonces... ¿Por qué se acuerda usted todavía de aquel piano?

SRA. FLORES. —¿Yo? No... ¡Si ya no me acuerdo! ¡Ya no me acuerdo!

PONCE. —Lo hice yo astillas, usted lo sabe, cuando murió su hija, para que no pudiera tocarlo la otra, que, además, no sabe tocar. Usted lo sabe, que esta otra no

sabe tocar.

SRA. FLORES.—¡Claro! ¡Si no sabe tocar! Ciento.

PONCE.—¿Y cómo se llamaba? Se llamaba Lina, ¿no es eso? Ahora, diga usted cómo se llama mi segunda esposa. Dígaselo a todos, que usted lo sabe muy bien. ¿Cómo se llama?

SRA. FLORES.—¡Julia! Julia se llama. Sí, sí, señores. Es verdad. Se llama Julia.

PONCE.—¡Pues, si es Julia, no es Lina! Y no les haga señas a esos señores al decir que se llama Julia.

SRA. FLORES.—¿Yo? No. Si no les he hecho señas.

PONCE.—¡Me he dado cuenta! Estaba usted haciéndoles señas. Lo he visto muy bien. Quiere usted arruinarme. Quiere hacer creer a estos señores que yo quiero tener a su hija para mí solo. ¡Como si no hubiera muerto! (*Rompe a sollozar.*) ¡Como si no hubiera muerto!

SRA. FLORES.—(*Rápida, con infinita ternura y humildad, acercándose a él.*) ¿Yo? ¡Oh, no, hijo mío! Cálmate, por caridad. Yo nunca he dicho eso... ¿Verdad? ¿No es verdad, señores?

AMALIA, la SEÑORA CIBELES y DINA.—Sí, sí, claro. Ella no ha dicho eso. Siempre ha dicho que ha muerto.

SRA. FLORES.—¿Verdad? Que murió: eso les he dicho. Pues ¿qué iba a decirles? Y que vos sos tan bueno conmigo... ¿Verdad, señores? ¿Verdad? ¡Yo, arruinarte! ¡Yo, comprometerte!

PONCE.—(*Terrible.*) Pero... entretanto, va usted a casa de los demás buscando un piano para tocar la sonatina de su hija. Y va diciendo que Lina la toca todavía mejor.

SRA. FLORES.—No... He estado... Lo he hecho... sólo por probar.

PONCE.—¡Usted no puede! ¡Usted no debe! ¿Cómo se le ocurre volver a tocar lo que tocaba su hija muerta?

SRA. FLORES.—Tenés razón, sí. ¡Oh, pobrecito! ¡Pobrecito! (*Llora.*) No volveré a hacerlo. No lo haré más.

PONCE.—(*Amenazador.*) ¡Váyase! ¡Váyase de aquí! ¡Váyase ahora mismo!

SRA. FLORES.—Sí, sí, ya me voy. Ya me voy. ¡Dios mío! (*Hace señas a todos para que cuiden a su yerno, y se va llorando.*)

### **ESCENA IX**

DICHOS, menos la SEÑORA FLORES

*(Quedan todos llenos de compasión, de terror, mirando a PONCE. Éste, de repente, apenas desaparecida su suegra, recobra su aspecto normal y dice con toda naturalidad:)*

PONCE.—Ruego a ustedes me perdonen por este lamentable espectáculo que acabo de darles. Pero tenía que reparar el daño que, sin saberlo, están haciendo a esa pobre desgraciada.

AGUIRRE. —*(Atónito, cómo los demás.)* Pero... ¡cómo! ¿Ha estado usted fingiendo...?

PONCE.—A la fuerza, señores. ¿No ven ustedes que ese es el único medio de mantenerle la ilusión...? Gritarle así, diciéndole la verdad..., como si fuera una locura mía. Dispénseme... y permitan que me retire. Es imprescindible que vaya inmediatamente a acompañarla. *(Sale rápido, por el fondo. Todos quedan nuevamente estupefactos, mirándose unos a otros, en silencio.)*

LAUREANO. —*(En medio de todos.)* Señores, ¡ya saben ustedes la verdad! *(Ríe a carcajadas.)*

TELÓN

## **ACTO TERCERO**

La **misma decoración** del segundo acto.

### **ESCENA PRIMERA**

LAUREANO, el CRIADO, el Comandante VENTURA

*(LAUREANO, tumbado en una poltrona, leyendo. Rumor de muchas voces en el salón. El CRIADO, en la puerta del fondo, hace entrar al Comandante VENTURA.)*

CRIADO. —Pase aquí, haga el favor, señor Comandante. Voy a avisar al señor Asesor.

LAUREANO. —(Volviéndose.) ¡Oh! El señor Comandante. (Se levanta rápido y llama a el CRIADO, que iba a salir.) ¡Chst! Espera. (A VENTURA.) ¿Hay noticias?

VENTURA. —(Alto, tieso, severo, de unos cuarenta años.) Sí, algunas.

LAUREANO. —¡Ah, bueno! (A el CRIADO.) No avises a mi cuñado. Yo lo llamaré desde aquí. (Señala el salón. el CRIADO se inclina y se va.) Usted ha hecho el milagro. Salva usted a una ciudad. ¿Oye usted? ¿Oye cómo gritan? Bueno. ¿Y son noticias seguras?

VENTURA. —Procedentes de alguien que, finalmente, hemos podido localizar en Linkedin.

LAUREANO. —¿Alguien del pueblo del señor Ponce? ¿Algún paisano suyo que esté bien enterado?

VENTURA. —Sí, señor. Me ha facilitado algunos datos por inbox. No muchos; pero fidedignos.

LAUREANO. —Muy bien, muy bien. ¿Por ejemplo...?

VENTURA. —Aquí tengo, precisamente el mensaje privado que me envió. (Saca del bolsillo interior de la chaqueta un Ipad, despliega algo y se lo muestra a LAUREANO.)

LAUREANO. —A ver, a ver. (Saca el pliego del sobre y se pone a leerlo en voz baja, intercalando, de vez en cuando, en diversos tonos, un «¡Ah!» o un «¡Eh!»; primero de compasión; luego, de duda; luego, casi de conmiseración; y, por fin, de gran desilusión.) ¡Oh! Total, nada. Nos quedamos igual que estábamos, señor Comandante.

VENTURA. —Pues eso es cuanto he podido averiguar.

LAUREANO. —Pero con eso no salimos de dudas. (Lo mira; luego, con resolución.) Señor Comandante, ¿quiere usted hacer una buena obra? ¿Pero buena de verdad? ¿Hacer a la población un gran servicio que Dios le premiará?

VENTURA. —(Mirándolo, perplejo.) ¿Qué servicio? No veo...

LAUREANO. —Ya está. Siéntese usted allí. (Por el escritorio.) Borre usted ese mensaje, que no dice nada, y llamemos algún hacker que, desde la cuenta de ese hombre, con un perfil falso talvez, escriba una información concreta y segura. Algo que usted pueda postear luego.

VENTURA. —(Estupefacto.) ¡Yo? ¡Cómo! ¿Qué información?

LAUREANO. —Una cualquiera. La que más le guste a usted, y a nombre de este vecino del señor Ponce que ha podido ser localizados. Es por el bien de todos. Para devolverle el sosiego a toda la ciudad. Quieren una verdad, no importa cuál, con tal

de que sea rotunda y categórica... y que sea usted el que la diga en su muro de Facebook.

VENTURA. —(*Enérgico, casi ofendido.*) Pero ¿cómo la voy a decir si no la sé? ¿O quiere usted que haga una afirmación falsa? Me maravilla que se atreva usted a hacerme una proposición semejante. Y digo «me maravilla...» por no decir otra cosa. Bueno. Hágame el favor de anunciarme al señor Asesor.

LAUREANO. —(*Derrotado.*) Será usted servido, señor Comandante. (*Se dirige al salón. Al abrir la puerta, se oye más intensamente el criterio de la gente que hay allí. Pero, apenas LAUREANO traspone el dintel, se produce un repentino silencio.*)

LAUREANO. —(*Dentro.*) Señores: es el Comandante Ventura. Trae noticias seguras, de fuente fidedigna. (*Aplausos y vivas acogen la noticia. VENTURA se turba, porque sabe que las informaciones que trae no bastarán para satisfacer al público que espera.*)

## ESCENA II

DICHOS, AGUIRRE, CIBELES, LAUREANO, AMALIA, DINI, SRA. CIBELES, SRA. CIMA, SR. NANO y muchas otras señoras y caballeros

(*Entran todos precipitados, con AGUIRRE a la cabeza, enardecidos, entusiasmados, aplaudiendo y gritando: «¡Bravo, bravo, Ventura!»*)

AGUIRRE. —(*Tendiéndole ambas manos.*) ¡Querido Ventura! ¡Ya decía yo! No podía ser menos que usted lo averiguara.

TODOS. —¡Bravo, bravo! A ver, a ver, las pruebas, pronto. ¿Cuál es el loco? ¿Cuál es?

VENTURA. —(*Atónito, en un apuro.*) Pero escuchen... Yo... Señor Asesor...

AGUIRRE. —Señores... ¡Hagan el favor...! Un poco de silencio.

VENTURA. —He buscado cuanto he podido; pero si el señor Laureano les ha dicho que...

AGUIRRE. —...¡que usted traía noticias definitivas!

CIBELES. —Datos concretos.

LAUREANO. —(*Con resolución, previniendo.*) No muchos, cierto; pero concretos.

Facilitados por personas que, al fin, han podido ser localizadas. Del pueblo del señor Ponce. Gente que está bien enterada.

TODOS. —¡Ah, por fin! ¡Por fin!

VENTURA. —(*Se cruza de brazos; luego, sacando el Ipad, despliega un mensaje y lo muestra a AGUIRRE.*) Aquí tiene usted, señor Asesor.

AGUIRRE. —(*Toma el Ipad, mientras todos se precipitan en torno suyo.*) A ver ¿Qué dice?, ¿qué dice?

AGUIRRE. — Dice... «que le parece», o sea que no está seguro que la señora estuvo en un sanatorio. Y, además, no sabe exactamente si fue la madre o fue la hija.

TODOS. — ¡Aaaah!

LAUREANO. —(*Testarudo.*) Pero debió ser la madre. No hay duda.

CIBELES. —¡No, señor! Fue la hija. ¡La hija!

SRA. CIBELES.—La propia señora Flores lo ha dicho.

AMALIA. —Eso es. ¡Claro! Cuando la sacaron de casa sin que se enterase el marido...

DINA.—...y la llevaron a un sanatorio.

AGUIRRE. —Y, además, este informador, ni siquiera era del mismo pueblo. Dice que era de un pueblo vecino; que no recuerda bien, pero que le parece haber oído contar...

CIBELES. —¡Ooooh! ¡Habladurías!

LAUREANO. —Pero, perdonen ustedes. Si tan seguros están de que tiene razón la señora Flores, ¿para qué andan ustedes averiguando nada más? ¡Acaben ustedes de una vez! El loco es él, y no hay más que hablar.

CIBELES. —Ya. Pero eso sería si no existiera el Alcalde, amigo mío; que opina todo lo contrario, y se pasa enviando Twitteres de apoyo y confianza total en su secretario, el señor Ponce.

VENTURA. —En efecto, señores, es verdad: el señor Alcalde cree lo que dice el señor Ponce. Yo mismo se lo he oído asegurar.

AGUIRRE. —Porque el Alcalde no ha oído todavía hablar a la señora de aquí al lado.

SRA. CIBELES.—Claro. Como sólo ha oído al yerno...

CIBELES. —Y, por otra parte, no es sólo el Alcalde el que cree que la loca es ella. Hay otros muchos que opinan así.

UN SEÑOR. —Yo. Yo, por ejemplo, señores. Porque yo he visto en YouTube una historia sobre otro caso análogo: el de una madre trastornada por la muerte de su hija, que creía que el yerno la tenía escondida, y tal y cual...

SEGUNDO SEÑOR. —No, no. Ese era un yerno que se quedó viudo y no tenía a nadie en casa con él. Pero aquí, el señor Ponce, tiene otra mujer. La cosa varía.

LAUREANO. —(*Con una idea genial.*) ¡Ah, señores! ¿Han oído ustedes? (*Dando palmadas en la espalda al SEGUNDO SEÑOR.*) ¡Bravo, bravo, caballero! A dado usted en el clavo.

TODOS. —(*Perplejos, sin comprender.*) Pero... ¿el qué?, ¿el qué?

SEGUNDO SEÑOR. —(Atónito.) Pero... ¿Qué he dicho yo? ¡No sé...!

LAUREANO. —¡Cómo! ¿Que qué ha dicho? Si ha resuelto el problema. Un poco de paciencia, señores. (*A AGUIRRE.*) ¿No tiene que venir aquí el Alcalde?

AGUIRRE.—Sí, lo esperamos. Pero... ¿por qué? Explícate.

LAUREANO. —Es inútil que venga aquí para hablar la señora Flores. Porque, si ahora cree lo que dice el yerno, en cuanto hable con la suegra se armará un lío y ya no sabrá a qué atenerse. No, no. El Alcalde tiene que venir a otra cosa. A una cosa que sólo él puede hacer.

TODOS. —¿A qué? ¿A qué?

LAUREANO. —(*Radiante.*) Pero ¡cómo! ¿No han oído ustedes lo que ha dicho este señor? El señor Ponce; tiene a «otra» con él en su casa: su mujer.

CIBELES. —¡Ah, ya! Hacer hablar a la mujer.

(*Cantan*)

DINA: Que idea más descabellada  
preguntarle a su mujer.  
No sé cómo van a hacer  
si siempre vive encerrada.

CIBELES: Pienso que el señor Alcalde  
que tiene la autoridad,  
debe ser el que le hable  
y le saque la verdad.

DINA: Que mal que esta gran idea,  
no se nos había ocurrido

SRA. CIBELES: No servirá que la vea,  
si ella apoya a su marido.

LAUREANO: Quizá no sucedería  
si no habla delante de él

CIBELES: Con el Alcalde estaría,  
y él que cumpla su papel.

SRA. CIBELES: ¡Que idea! Esa, vale plata,  
le aplaudo y lo felicito.

DINA: Saldrá, por tu idea, tiíto,  
el tiro por la culata.

TODOS EN CORO: Solo ella, solo ella,  
resolverá la querella.

AGUIRRE. —Justo. Y el Alcalde, con su autoridad, la obligará a declarar exactamente lo que ocurre. Claro. ¿No le parece, Ventura?

VENTURA. —Sin duda alguna. Lo que es, si el Alcalde quisiera...

AGUIRRE. —Es la única solución, verdaderamente. Pero será preciso prevenirlo y evitarle la molestia de venir ahora aquí. Vaya, vaya usted, señor Ventura.

VENTURA. —Sí, señor. En seguida, señor Asesor. Señoras, señores. (*Se inclina y se va.*)

CIBELES. —Apostaría a que nadie la ha visto jamás. Como si no existiera esa pobre infeliz.

LAUREANO. —(*Saboreando una nueva idea.*) Pero.. Ustedes perdonen: ¿están ustedes seguros de que la mujer existe?

AMALIA.—¡Cómo, Remberto! ¡Dios mío!

CIBELES. —(*Fingiendo reír.*) ¿Quiere usted poner también en duda su existencia?

LAUREANO. —Vayamos con calma. Ustedes mismos dicen que nadie la ha visto jamás.

DINA. —¡Oh, no! La señora Flores la ve y le habla todos los días.

SRA. CIBELES. —Y también lo asegura él, el yerno.

LAUREANO. —Pero... Reflexionen. Solo tenemos el dicho de ellos. Puede ser solo parte de sus fantasías. Falta saber si es una mujer de carne y hueso.

AMALIA. —Bueno, mira: vos lo que querés es volvernos locos a todos.

TODOS. —¡Bah! ¡Bah! Si lo dice en broma.

CIBELES. —Es una mujer de carne y hueso. Estén ustedes seguros. Y la haremos hablar. ¡La haremos hablar!

AGUIRRE. —Tú mismo has propuesto que la haga hablar el Alcalde.

LAUREANO. —Sí, claro. Suponiendo que lo que haya allá arriba sea realmente una mujer.

TODOS. —(*Confusamente.*) Pero ¡si también hay otros que la han visto! Pero ¡si se asoma al patio! Le escribe cartas. Lo hace adrede. Quiere tomarnos el pelo.

### **ESCENA III**

DICHOS, VENTURA

VENTURA. —(*Acalorado. Entre todos.*) ¡El señor Alcalde! ¡El señor Alcalde!

AGUIRRE. —¡Cómo! ¿Aquí? ¿Y usted, qué ha hecho, entonces...?

VENTURA. —Lo vi, precisamente, en el camino. Venía hacia aquí con el señor Ponce.

CIBELES. —¡Ah, con él!

AGUIRRE. —¡Oh! Si viene con el señor Ponce, no vendrán aquí, sino al lado, a casa de la suegra. Ventura, haga el favor: espérelo a la puerta y ruéguele que entre aquí antes un momento, como me prometió.

VENTURA. —Voy en seguida. (*Se va rápido por el fondo.*)

AGUIRRE. —Señores: ruego a todos que se retiren un instante ahí, al salón.

SRA. CIBELES. —Pero dígaselo bien. Ella, ella: la mujer. Es la única...

AMALIA. —(*A la puerta del salón.*) Pasen, pasen, tengan la bondad.

AGUIRRE. —Tú quédate, Cibeles. Y tú, Remberto. (*Todos los demás pasan al salón. A LAUREANO.*) Pero déjame hablar a mí, haz el favor.

LAUREANO. —Sí, hombre; como gustes. Y, si quieres, me voy yo también.

AGUIRRE. —No, no; quédate. Es mejor que estés aquí. ¡Ah! Ya viene.

#### ESCENA IV

DICHOS, el ALCALDE y VENTURA

EL ALCALDE. —(*Sesenta años, alto, grueso, aspecto bonachón.*) ¡Querido Aguirre! ¡Hola, Cibeles! ¿Usted aquí? Querido Laureano. (*Da la mano a todos.*)

AGUIRRE. —(*Invitándole a tomar asiento.*) Perdona que te haya hecho pasar aquí primero...

EL ALCALDE. —Tenía intención de hacerlo, como te prometí. Hubiera venido después.

AGUIRRE. —(*A VENTURA, que se ha quedado detrás, a respetuosa distancia.*) Acérquese, Ventura. ¡No faltaría más! Siéntese aquí.

EL ALCALDE. —¿Qué hay, Cibeles? Ya sé que no duerme usted, intrigado por todo eso de nuestro nuevo secretario, que ya se ha vuelto viral en redes entre la gente de esta ciudad.

CIBELES. —Ni más ni menos que los demás. Está todo el mundo intrigadísimo.

AGUIRRE.—Es cierto. Intrigadísimo.

EL ALCALDE.—Pues yo no acabo de ver por qué.

AGUIRRE. —Porque quizá no ha tenido tiempo de leer todo lo que hemos posteado en Facebook sobre este caso.

ALCALDE.- ¿Y con qué derecho postea usted en Redes sociales rumores sobre nuestro nuevo secretario?

AGUIRRE.- El señor Ponce tuvo la osadía de traernos a su suegra a vivir aquí al lado, y obligándonos a presenciar escenas muy confusas, no ha tenido la cortesía de aclararnos bien las cosas.

CIBELES. —¡Ah, señor Alcalde! Usted no la ha oído hablar todavía, a esa pobre señora.

EL ALCALDE. —Ahora mismo voy a ir a su casa. (*A AGUIRRE.*) Te había prometido oírla aquí, en la tuya. Pero el propio señor Ponce ha ido a suplicarme, a implorar, que fuera a casa de su suegra, a convencerme, a ver con mis propios ojos, para que hiciera cesar todas esas habladurías haciendo un comunicado oficial en el sitio Web de la Alcaldía. Accedí gustoso, porque creo que en esa visita obtendré la prueba de cuanto él afirma.

AGUIRRE. —¿Hablando con ella...? Porque delante de su yerno...

CIBELES. —(*Rápido.*) ...dirá lo que él le haga decir, señor Alcalde. Y eso demuestra que no es ella la loca.

AGUIRRE. —Ya hemos hecho nosotros esa prueba, ayer, aquí mismo.

EL ALCALDE. —Claro. Porque precisamente él le hace creer que está loco. Ya me lo ha advertido él mismo. Y tiene que hacerlo, para engañar así a esa pobre desgraciada. Es un martirio, créanme ustedes, un verdadero martirio para ese pobre hombre.

CIBELES. —Eso... si no es ella la que le mantiene a él la ilusión de que su hija murió, para que no tenga miedo de que se la lleven otra vez. Y en ese caso, señor Alcalde, el martirio sería para la pobre señora; no para él.

AGUIRRE. —Esa es la duda, que le ha entrado a usted...

CIBELES. —...como a los demás...

EL ALCALDE. —¡La duda! No. Me parece que ustedes no tienen la menor sombra de duda. Como les confieso que tampoco dudo yo... al contrario que ustedes. ¿Y usted, Laureano?

LAUREANO. —Discúlpeme, señor Alcalde. Yo no puedo hablar. Le he prometido a mi cuñado no abrir el pico.

AGUIRRE. —(*Disparado.*) ¡Hombre, no! Si te preguntan, contesta. Le había dicho que no hablara, ¿sabes por qué? Porque ya lleva dos días divirtiéndose en enredar la madeja.

LAUREANO. —No lo crea usted, señor Alcalde. Al contrario. He hecho todo lo posible por ayudarles a desenredarla.

CIBELES. —¡Ya! ¿Sabe usted cómo? Sosteniendo que no es posible descubrir la

verdad. Y ahora, haciendo surgir la duda de que en casa del señor Ponce no haya una mujer, sino un fantasma.

EL ALCALDE. —(*Divertido.*) ¡Cómo, cómo! Eso es muy bueno.

AGUIRRE. —¡Oh! Haga el favor. Compréndalo. Sería una tontería hacerle caso.

LAUREANO. —Y, sin embargo, señor Alcalde, fue mía la idea de invitarle a usted a venir.

EL ALCALDE. —Tal vez porque opina usted, como yo, que debo oír hablar a esa señora...

LAUREANO. —¡Ni mucho menos, señor Alcalde! Hace usted muy bien en creer lo que dice el señor Ponce.

EL ALCALDE. —¡Ah, muy bien! Entonces, ¿usted también cree al señor Ponce...?

LAUREANO. —(*Rápido.*) ¡No! Y quisiera que todos creyeran a la señora Flores y acabaran de una vez...

AGUIRRE. —¿Usted lo entiende? ¿Le parece eso un razonamiento?

EL ALCALDE. —Perdone. (*A LAUREANO.*) Entonces, según usted, ¿también puede creerse lo que dice la señora Flores?

LAUREANO. —¿Y por qué no? Naturalmente. Todo cuanto afirma. Lo mismo que cuanto dice su yerno.

EL ALCALDE.—Pero en ese caso...

CIBELES. —¡Si cada uno de ellos dice precisamente todo lo contrario que el otro!

AGUIRRE.—(*Irritado, con resolución.*) En resumidas cuentas: yo no quiero inclinarme a dar crédito al uno ni a la otra. Lo mismo puede tener razón ella que él. Pero hay que salir de dudas, y no hay más que un solo medio.

CIBELES. —(*Por LAUREANO.*) Que nos ha indicado hace un momento...

EL ALCALDE. —¿Ah, sí? ¿Y cuál es ese medio? Vamos a ver.

AGUIRRE. —A falta de otra prueba, no nos queda más que este camino: que usted, con su autoridad, obtenga la confesión de la mujer.

EL ALCALDE.—¿De la señora de Ponce?

CIBELES. —Pero sin la presencia del marido, se entiende.

AGUIRRE.—Para que ella pueda hablar libremente.

CIBELES. —Si es la hija de la señora Flores, como nosotros nos inclinamos a creer...

AGUIRRE.—...o si es la segunda mujer del señor Ponce, que se presta a representar el papel de hija, como él nos quiere hacer creer...

EL ALCALDE.— Pues, muy bien. Me parece acertada esa solución. Ventura, hágame el favor. (*VENTURA se pone en pie.*) Vaya usted un momento aquí, al lado, y dígale de mi parte al señor Ponce que tenga la bondad de venir un momento.

VENTURA. —En seguida, señor Alcalde. (*Se inclina y sale por el fondo.*)

AGUIRRE.—¡Ah, si aceptara!

EL ALCALDE. —Claro que aceptará. Ya verá. Y habremos liquidado la cuestión antes de un cuarto de hora. Aquí, aquí mismo, en la presencia de ustedes.

AGUIRRE.—¡Cómo! ¿Aquí, en mi casa?

CIBELES. —¿Cree usted que querrá traer aquí a la mujer?

EL ALCALDE. —Dejen eso de mi cuenta. Aquí mismo; porque, de otro modo, podrían ustedes pensar muy bien que yo...

AGUIRRE.—¡Oh! No diga eso. ¿Cómo vamos a pensar...?

CIBELES. —¡Eso nunca!

EL ALCALDE. —Pero así quedo yo más tranquilo. Podrían ustedes poner en duda mi imparcialidad... Tratándose de un funcionario... ¡No, no! Quiero que ustedes lo oigan y lo vean con sus propios ojos. (*A AGUIRRE.*) ¿Y tu esposa?

AGUIRRE.—Ahí está, con otras señoras y señores...

EL ALCALDE. —Veo que habéis establecido aquí un verdadero cuartel general.

## ESCENA V

DICHOS, VENTURA y el señor PONCE

VENTURA. —¿Da su permiso? El señor Ponce.

EL ALCALDE. —Gracias, Ventura. (*PONCE aparece por el fondo.*) Pase usted, pase usted, Ponce. (*Inclinación de PONCE.*)

AGUIRRE. —Siéntese, haga el favor. (*Nueva inclinación de PONCE, que se sienta.*)

EL ALCALDE.—¿Conoce usted a estos señores? Cibeles...

AGUIRRE. —Sí. Los he presentado. Mi cuñado Laureano. (*Inclinación de PONCE.*)

EL ALCALDE. —He mandado llamarle, amigo Ponce, para decirle que aquí, con mis amigos... (*Se interrumpe al notar en PONCE una gran turbación y agitación.*) ¿Tenía usted algo que decirme...?

PONCE. —Sí, señor Alcalde. Que deseo solicitar hoy mismo mi traslado.

EL ALCALDE. —Pero ¿por qué? y disculpe. Hace un momento me hablaba usted tan encantado...

PONCE. —Pero he sido atraído aquí, señor Alcalde, para ser objeto de una vejación inaudita.

EL ALCALDE.—¡Vamos! No hay que exagerar.

AGUIRRE.—¿Vejaciones? ¿Se refiere usted a mí?

PONCE: A todos. *(Canta)*

Ninguno tuvo piedad,  
juzgaron con mucha sed,  
nos vamos de esta ciudad,  
aquí matan en la red.

No podemos soportar  
esta cruel inquisición,  
de oír en cada rincón  
nuestros nombres basurear.

Aquí no hay nada privado, lo que nunca comenté, me lo encuentro publicado en los sitios de internet.

Esa cruel ferocidad,  
con perdón, señor Alcalde,  
hará que mi caridad  
sea un esfuerzo echado en balde.

Me ha costado sacrificio  
proteger a esa dama,  
y hoy mi esfuerzo se desgrana  
por traerla a este edificio.

Me vi obligado a atacarla  
aquí mismo con violencia,  
y aunque ella mostró paciencia  
eso ya empezó a agitarla.

AGUIRRE. —(*Interrumpiéndole, tranquilo.*) Es extraño; porque, con nosotros, la señora Flores ha hablado siempre con la misma tranquilidad. Esa agitación de que habla, la habíamos notado precisamente en usted, incluso en este momento.

PONCE. —Porque ustedes no tienen la menor idea del daño que me hacen.

EL ALCALDE. —Vamos, vamos, amigo Ponce, cálmese. ¿Qué es eso? Estoy aquí yo. Usted sabe la confianza que he depositado en usted, y el sentimiento con que he escuchado sus confidencias. ¿No es así?

PONCE. —Le ruego me perdone, señor Alcalde. Usted, sí. Y le estoy agradecido.

EL ALCALDE. —Pues bien. Escúcheme con serenidad. Creo sinceramente que usted venera como a una madre a su pobre suegra. Pero no olvide usted que la curiosidad de estos amigos míos está inspirada solamente por interés hacia la señora Flores, a la que quieren bien.

PONCE. —¡Pero la matan, señor Alcalde! La matan. Y ya lo he hecho notar más de una vez.

EL ALCALDE. —Un poco de paciencia. Ya verá cómo todo se arregla, en cuanto quede aclarado el asunto. Y puede ser ahora mismo. Es muy sencillo. En su mano tiene usted el medio más rápido y más fácil de hacer salir de dudas a estos señores. No a mí, que no he dudado nunca.

PONCE. —¡Pero si no quieren creerme!

AGUIRRE. —Eso no es cierto. Cuando usted vino aquí, después de la primera visita de su suegra, a decirnos que estaba loca, a todos nos sorprendió la noticia, ¡pero la creímos! (*Al ALCALDE.*) Pero... inmediatamente después..., ¿comprendes...?, volvió la señora...

EL ALCALDE. —Ya. Ya lo sé. Me lo has dicho. (*A PONCE.*) Usted está seguro de que dice la verdad, como lo estoy yo, ¿no es así? Pues, entonces, ¿qué inconveniente puede usted tener en que esa verdad sea repetida aquí por la única persona que

puede hacerlo?

PONCE.—¿Y quién es esa persona?

EL ALCALDE.—¿Quién va a ser? Su esposa.

PONCE. —¿Mi mujer? (*Enérgico, con desdén.*) ¡Ah, no! ¡Nunca, señor Alcalde!

EL ALCALDE.—¿Se puede saber por qué?

PONCE.—¡Traer a mi mujer aquí, para darles esa satisfacción a los que me ofenden dudando de mi palabra! ¡A todos estos que escriben esas especulaciones sobre mi familia en Facebook! ¡A ellos, que han puesto a toda una ciudad a hablar mal de mí en las redes sociales, gente que ni me conoce! ¡Jamás! ¡Para complacer a...!

EL ALCALDE. —...al Alcalde, y perdone. Soy yo quien se lo ruego.

PONCE. —Pero... ¡señor Alcalde...! ¡No! ¡Mi mujer, no! Dejemos en paz a mi mujer. Pueden creerme a mí.

EL ALCALDE. —¡Oh, no! Mire usted: ahora empieza a parecerme a mí también que hace usted todo lo posible para que no le crean.

AGUIRRE. —Tanto más, que ha intentado por todos los medios impedir que su suegra viniera aquí y hablara. Y para ello no tuvo inconveniente en hacer una doble descortesía a mi esposa y a mi hija.

PONCE.—(*Desesperado.*) Pero ¿qué quieren ustedes de mí, por el amor de Dios? ¿No tengo bastante con esa desgraciada de mi suegra? ¡Quieren que venga también mi mujer! Señor Alcalde, no puedo tolerar esta violencia. Mi mujer no sale de casa. Y no la llevaré a ponerse a los pies de nadie. Me basta con que me crea usted. Por otra parte, ahora mismo voy a escribir un mail pidiendo mi traslado. (*Se levanta.*)

EL ALCALDE. —(*Dando un puñetazo en el escritorio.*) ¡Espere usted! Ante todo, no le consiento, señor Ponce, que hable usted en ese tono a un superior, que, además, ha tenido con usted toda clase de atenciones y deferencias. (*Pausa. Más suave.*) En segundo lugar, le repito que también a mí me da qué pensar esa obstinación en no querer aceptar darnos esa prueba, que le he pedido yo, y nadie más, por su propio interés. Tanto yo como mi colega podemos, dignamente, recibir a una señora... O, si ella lo prefiere, ir a su casa...

PONCE.—Así es que... me obliga usted: es una orden.

EL ALCALDE.—Le repito que se lo he pedido, por su bien. Aunque también podría ordenárselo.

PONCE. —Bien. Bien. Siendo así..., traeré a mi mujer... con tal de acabar de una vez... Pero... ¿quién me garantiza que mi pobre suegra no la verá? ¡No puede verla de cerca!

EL ALCALDE.—¡Ah, ya! Que vive aquí al lado.

AGUIRRE.—Podríamos ir nosotros a casa de la señora.

PONCE. —No, si eso es lo mismo. Lo importante es evitar que se encuentren las dos; evitar nuevas sorpresas que podrían acarrear horribles consecuencias.

AGUIRRE.—¡Oh! Por nosotros... No pase usted cuidado.

EL ALCALDE. —O, si usted lo prefiere, puede llevar a su mujer a Alcaldía.

PONCE. —No, no. Aquí mismo. Inmediatamente. La traeré y vigilaré personalmente la puerta de mi suegra. ¡Ahora mismo! Con tal de acabar de una vez... *(Sale furioso por el fondo.)*

## ESCENA VI

DICHOS, menos PONCE

EL ALCALDE. —Confieso que no esperaba esa oposición por parte de él.

AGUIRRE. —Y verá cómo va a preparar a su mujer. Ya sabrá ella el papel.

EL ALCALDE. —Ah, lo que es por eso, puede estar tranquilo: le haré yo el interrogatorio.

*(Rumor de voces confusas en el salón.)*

AGUIRRE.—¡Eh! ¿Qué ocurre?

*(Entra AMALIA)*

AMALIA. —*(Viene del salón, fuera de sus casillas. Anunciando:) ¡La señora Flores! ¡La señora Flores está aquí!*

AGUIRRE.—Pero, ¡cómo! ¿Quién la ha llamado?

AMALIA.—Nadie. Ha venido ella sola.

EL ALCALDE. —No, por favor. ¡Ahora, no! Hágala marcharse en seguida, señora.

AGUIRRE. —¡Pero inmediatamente! ¡No la dejes entrar! Hay que impedírselo a toda costa. Si la encuentra aquí, el señor Ponce creerá que le hemos puesto una trampa.

### **ESCENA VII**

DICHOS, la señora FLORES y todos los otros del salón

*(La SEÑORA FLORES viene temblorosa, llorando, suplicante, con el pañuelo en la mano, en medio de las risas de los demás, que están muy agitados.)*

SRA. FLORES. —¡Oh, señores, por caridad! ¡Por piedad! Dígaselo a todos, señor Asesor.

AGUIRRE. —*(Acongojadísimo.)* Le digo a usted, señora, que se retire; que se vaya inmediatamente. Usted ahora no puede estar aquí.

SRA. FLORES. —*(Azorada.)* ¿Por qué? ¿Por qué? *(A AMALIA.)* Ayúdeme usted, mi buena señora...

AMALIA. —Pero... mire..., mire... Está ahí el señor Alcalde...

SRA. FLORES. —¡Oh usted, señor Alcalde...! ¡Por piedad! Deseaba ir a verle a usted...

EL ALCALDE. —No, no. Cálmese, señora. En este momento no puedo atenderla. Tiene usted que marcharse. ¡Tiene usted que marcharse ahora mismo!

SRA. FLORES. —Si, sí, me iré. Me iré hoy mismo. Partiré, señor Alcalde. Partiré para siempre.

AGUIRRE. —Oh, no, señora. Es sólo un momento. Debe usted ir a su casa. Tenga la bondad, señora. Luego hablará usted con el señor Alcalde.

SRA. FLORES. —Pero... ¿por qué? ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre...?

AGUIRRE. —*(Perdiendo la paciencia.)* Dentro de un instante vendrá aquí su yerno. ¿Comprende usted ahora?

SRA. FLORES. —¡Ah, sí! Entonces..., sí..., sí...; me retiro... Me voy en seguida. Solamente quería decirles...

*(Canta)*

(A todos)

¡Por piedad! Necesito que ya acaben,  
perdonen si esto suena a regaño,  
sé que buscan mi bien, pero no saben  
que sin querer con esto me hacen daño.

Me obligarán a irme de esta ciudad  
si ustedes continúan hablando así,  
hoy mismo podría irme yo de aquí,  
si sigue esa obsesión por la verdad.

(Al Alcalde)

Le ruego ¡por favor! déjelo en paz,  
no entiendo qué es lo que usted quiere ahora,  
mi corazón de madre se lo implora  
por él, de cualquier cosa soy capaz.

(A todos)

¿Por qué quieren traerlo a esta casa?  
con esto no me dejan que yo elija  
con tal de protegerlos de esta brasa,  
me alejarán por siempre de mi hija.

Ella es mi bien y mi único consuelo  
aunque solo la viera desde lejos,  
ya nunca más podré darle consejos  
y hasta mi muerte viviré de duelo.

(Llora.)

EL ALCALDE. —Pero ¿quién habla de eso? Usted no tiene por qué marcharse de la ciudad. Sólo le rogamos que se retire ahora un momento. Tranquilícese.

SRA. FLORES. —¡Pero si yo estoy preocupada por él! ¡Por él, señor Alcalde! He venido a suplicarle por él, no por mí.

EL ALCALDE. —Bueno, basta. También por él puede usted estar tranquila. Se lo aseguro yo. Ya verá como ahora se arregla todo.

SRA. FLORES. —¿Y de qué manera? Todos están en contra suya.

EL ALCALDE. —No, señora. No es verdad. Estoy yo aquí, que lo defiendo. No se preocupe.

SRA. FLORES. —¡Oh, gracias!

(Todos se ríen y se hacen señas. Algunos miran hacia la puerta del fondo y se oye alguna voz reprimida.)

VOCES.—¡Ya están ahí! ¡Ya están ahí!

SRA. FLORES. —(*Nota el sobresalto y la confusión de los demás. Temblorosa, perpleja, gime:)* ¿Qué es? ¿Qué ocurre?

### **ESCENA VIII**

DICHOS, la SEÑORA PONCE; luego, PONCE

(*Todos se separan a ambos lados para dejar paso a la SEÑORA PONCE, que se adelanta, rígida. Viste de luto, cubierta con un espeso velo negro, impenetrable.*)

SRA. FLORES. —(*En un grito de frenética alegría.*) ¡Ah...! Lina... Lina... Lina.. (*Se precipita a abrazar a la señora enlutada con el ardor de una madre que hace años no ha podido abrazar a su hija adorada. Al mismo tiempo, se oyen los gritos del señor PONCE, que, inmediatamente después, entra precipitado.*)

PONCE. —(*Dentro.*) ¡Julia...! ¡Julia...! ¡Julia! (*Al oír los gritos, la SEÑORA PONCE se queda rígida entre los brazos de la SEÑORA FLORES, que la ciñen. PONCE, al ver a su mujer y a su suegra abrazadas, exclama furioso:*) ¡Ah! ¡Me lo había figurado! Han abusado canallamente de mi buena fe. No les ha bastado destruir a mi familia en redes sociales, poner a toda la ciudad a hablar de nosotros sin conocernos. Obligarnos a salir de esa ciudad por una falta que no hemos cometido.

SRA. PONCE. —(*Volviendo su velado rostro hacia PONCE, casi con austera solemnidad.*) No teman. No tengan miedo. Márchense.

SRA. FLORES. —(*Temblorosa, humilde, haciéndose eco de su yerno.*) Sí, vámonos, querido... Vámonos. (*Y los dos, abrazados, consolándose mutuamente, sollozando ambos, se retiran murmurándose palabras de afecto. Silencio. Después de haberlos seguido con la mirada hasta que desaparecieron, todos se vuelven ahora, asustados y conmovidos, a la señora enlutada.*)

SRA. PONCE. —(*Después de haberles mirado a través de su velo, con grave solemnidad.*) Y después de esto... ¿Qué otra cosa desean de mí los señores? Se trata de una desventura que debe permanecer oculta; porque sólo así puede ser eficaz el remedio que la piedad le ha prestado.

EL ALCALDE. —(*Conmovido.*) Nosotros deseamos respetar esa piedad, señora. Pero quisiéramos que usted nos dijera...

SRA. PONCE. —(*Lentamente, subrayando.*) ...la verdad. ¿No es eso? Pues... óiganla ustedes, y si desean, tomen sus celulares y posteén lo que quieran en cuanta red social se les antoje, que al fin y al cabo no tardarán en hacerlo en cuanto yo me haya

ido. He aquí la verdad: yo soy... sí..., la hija de la señora Flores...

TODOS. —(*Con un suspiro de alivio.*) ¡Ah!

*(Todos toman sus celulares y toman fotos a la mujer y se preparan para escribir, cuando la siguiente revelación los detiene)*

SRA. PONCE. —...y también soy la segunda mujer del señor Ponce.

TODOS—(Asombrados.) ¿Eh? ¡Cómo!

SRA. PONCE —Sí. Para ellos, soy eso. Para mí... no soy ninguna de las dos.

EL ALCALDE. —¡Ah, no! Para usted, señora... Tiene que ser la una o la otra.

SRA. PONCE. —No, señores. Para mí, soy... solamente... la que los demás crean que soy. *(Los mira a través del velo, y se retira por el fondo. Silencio.)*

LAUREANO. —Señores: he aquí cómo habla la verdad. *(Los mira a todos, irónico.)* ¿Qué? ¿Han quedado ustedes satisfechos? *(Ríe a carcajadas)*

*(Cantan)*

LAUREANO: Público muy respetado  
*(Al público)* aquí termina esta obra,  
 si les ha decepcionado  
 la curiosidad les sobra

TODOS Tienen derecho a saber,  
*(A Laureano)* quien era el de la demencia,  
 no te pongas a joder  
 conque no es de su incumbencia.

LAUREANO: El autor de este final  
*(Al público)* es el señor Pirandello,  
 lo escribió con mucho celo  
 yo no lo podría cambiar.

TODOS: Pues no se amarguen señores  
*(Al público)* vean que es culpa del libreto,  
 apunten estos consejos  
 para que valga el boleto.

- AMALIA:  
*(Al público)* Ven al Facebook a atacar  
a cualquier desconocido,  
luego al Twitter a cortar  
leña del árbol caído.
- DINA:  
*(Al público)* Hagan grupos de WhatsApp  
y se comen a cualquiera,  
que del chat se quedó afuera  
pa' poder vivir en paz.
- TODOS  
*(A Laureano)* Tienen derecho a saber,  
quien era el de la demencia,  
no te pongas a joder  
conque no es de su incumbencia.
- LAUREANO:  
*(Al público)* Yo sé quién está mintiendo  
más no lo voy a aclarar  
no es que me he esté divirtiendo  
es que eso sería chismear.
- Déjense de entrometer  
que ya me estoy fastidiando,  
de verlos en la internet  
como hienas acechando

TELÓN